

# EL ESPÍRITU SANTO

DOCE CATEQUESIS SOBRE EL ESPÍRITU SANTO (Sebastián Fuster O.P.).....	3
CATEQUESIS PRIMERA: NO SE PUEDE SER «HOMBRE» SIN EL ESPÍRITU .....	3
ÉSTE NO ES EL MUNDO QUE DIOS QUIERE .....	3
EL CRISTIANO PUEDE HACER REALIDAD EL PROYECTO DE DIOS .....	3
EL VERDADERO HUMANISMO .....	4
APRENDICES DE CRISTIANOS .....	4
CATEQUESIS SEGUNDA: JESÚS NO ES EL «CRISTO» SIN EL ESPÍRITU SANTO .....	5
UNA HISTORIA «PROFÉTICA» .....	5
NO SE LE PUEDE ENTENDER .....	5
EL ESPÍRITU OS ENSEÑARÁ Y OS RECORDARÁ .....	6
ANTE EL TERCER MILENIO .....	6
CATEQUESIS TERCERA: EL ESPÍRITU ACTÚA MÁS ALLÁ DE LA IGLESIA.....	7
EL ESPÍRITU SOPLA DONDE QUIERE (Jn 3,8).....	7
SANTOS PADRES .....	7
VATICANO II.....	7
JUAN PABLO II .....	8
CATEQUESIS CUARTA: EL ESPÍRITU SE DA EN LA IGLESIA EFUSIÓN ESPECIAL.....	9
LA IGLESIA NACE DE CRISTO Y DEL ESPÍRITU .....	9
SE DA A LA COMUNIDAD .....	9
CATEQUESIS QUINTA: EXPERIENCIA DEL ESPÍRITU EN LA PRIMITIVA COMUNIDAD.....	10
1. CARISMAS .....	10
2. ORACIÓN DE LA COMUNIDAD.....	11
3. CATEQUESIS PRE-BAUTISMALES .....	11
4. RITOS DE LA INICIACIÓN CRISTIANA.....	11
CATEQUESIS SEXTA: LA CONFIRMACIÓN COMO SACRAMENTO DEL ESPÍRITU. UN POCO DE HISTORIA.....	12
EL ESPÍRITU SE DA TAMBIÉN EN EL BAUTISMO.....	12
EL DON DE FORTALEZA .....	13
CATEQUESIS SÉPTIMA: ESPÍRITU SANTO Y CARISMAS. CARISMAS PARA TODOS .....	14
LOS CARISMAS EN LOS TEXTOS DEL CONCILIO VATICANO II .....	14
EXPLICACIÓN.....	14
CARISMA E INSTITUCIÓN .....	14
MINISTERIOS LAICALES.....	15
CATEQUESIS OCTAVA: ESPÍRITU SANTO Y NUEVA EVANGELIZACIÓN.....	16
NUEVA EVANGELIZACIÓN .....	16
LA EVANGELIZACIÓN COMO HISTORIA TRINITARIA.....	16
UN ESPÍRITU DINAMIZADOR.....	17
CATEQUESIS NOVENA: ORAR AL PADRE POR EL HIJO EN EL ESPÍRITU .....	18
MUNDO SECULARIZADO.....	20
IGLESIA EN CRISIS .....	20
RESURGIMIENTO DE LO RELIGIOSO .....	20
«OS CONDUCIRÁ HACIA EL PORVENIR» .....	21
VIVIR SEGÚN EL ESPÍRITU.....	21
CATEQUESIS UNDÉCIMA: PRESENCIA DEL ESPÍRITU EN LA PERSONA.....	22
CATEQUESIS DUODÉCIMA: DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS .....	24
NECESIDAD DE DISCERNIMIENTO.....	24
DIFICULTAD DEL DISCERNIMIENTO .....	24
CRITERIOS PARA EL DISCERNIMIENTO .....	24
¿CONOCES AL ESPÍRITU SANTO? (Tomás Spidlik S.J.) .....	27
RELATO DE LA VIDA DE UN SANTO.....	27
UN SOLO ESPÍRITU CON EL SEÑOR .....	28
LA TORRE DE BABEL Y LA ESCALERA DE JACOB .....	28
TRES BAJADAS DE DIOS .....	28
EL ESPÍRITU SANTO HACE AL HOMBRE "ESPIRITUAL" .....	29
EL "ALMA DE NUESTRA ALMA" .....	29
LA "ESPIRITUALIZACIÓN" PROGRESIVA DEL ALMA, DEL CUERPO, DEL MUNDO .....	30
LA OPOSICIÓN ENTRE EL ESPÍRITU Y LA CARNE.....	30
LA VIDA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD PARTICIPADA EN EL HOMBRE .....	31

LA COLABORACIÓN DEL HOMBRE.....	31
AUTOR DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS .....	32
EL ESPÍRITU Y LA TRADICIÓN DE LA IGLESIA .....	32
EL ESPÍRITU -ALMA DE LA IGLESIA.....	32
CONCLUSIONES DOGMÁTICAS Y ECUMÉNICAS DE ESTAS VERDADES .....	33
EN LA IGLESIA EL ESPÍRITU NOS HACE CRISTIFORMES.....	33
TRANSFIGURADOR DEL COSMOS .....	34
LOS TÍTULOS DEL ESPÍRITU .....	34
SANTIFICADOR.....	34
VIVIFICANTE.....	35
ILUMINADOR – LUZ.....	35
INSPIRADOR .....	36
CONSOLADOR.....	36
FUEGO.....	37
PALOMA .....	37
LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTO .....	38
LAS VIRTUDES Y LOS DONES .....	38
EL DON DE SABIDURÍA.....	38
EL DON DE INTELIGENCIA.....	39
EL DON DE CONSEJO.....	39
EL DON DE FORTALEZA .....	40
EL DON DE CIENCIA .....	40
EL DON DE PIEDAD.....	41
EL DON DE TEMOR DE DIOS.....	41
LA CONSCIENCIA DEL ESPÍRITU .....	42
EL SENTIMIENTO DE LA GRACIA.....	42
LOS SIGNOS DEL ESPÍRITU SANTO.....	42
LOS SIGNOS EXTRAORDINARIOS.....	43
LA EXPERIENCIA DE SIMEÓN EL NUEVO TEÓLOGO .....	44
APÉNDICE: LA CREATIVIDAD ARTÍSTICA Y EL ESPÍRITU .....	44
TODO HOMBRE ES CREADOR ESPIRITUAL.....	44
LA REPRESENTACIÓN DEL HOMBRE ESPIRITUAL EN LA ICONOGRAFÍA.....	45

# DOCE CATEQUESIS SOBRE EL ESPIRITU SANTO (Sebastián Fuster O.P.)

## CATEQUESIS PRIMERA:

### **NO SE PUEDE SER «HOMBRE» SIN EL ESPÍRITU**

#### **ÉSTE NO ES EL MUNDO QUE DIOS QUIERE**

El mundo que nos ha tocado vivir no es el universo que Dios quiso. El lo creó bueno y hermoso; el hombre lo ha estropeado. Al atardecer de cada día, al asomarse a contemplar la obra de sus manos, quedaba extasiado ante tanta belleza (Gn 1,12.18.21...). Quiso crear una fraternidad universal en la que los hombres pudiesen mirarse como hermanos y en la que, creciendo en el amor, fueran realizándose en plenitud hasta «participar la misma vida divina» (LG 2) Pero los hombres inventaron las armas y se mataron con bombas atómicas. Hoy el mal lo invade todo. Guerras, terrorismo, paro, hambre, injusticias... La libertad del hombre ha ido haciendo fracasar los proyectos de Dios.

#### **EL CRISTIANO PUEDE HACER REALIDAD EL PROYECTO DE DIOS**

1. A pesar de todo, el Padre Dios «no nos abandonó al poder de la muerte sino que, compadecido, tendió la mano a todos para que le encuentre el que le busque» (Pleg.Euc.1V). Pronunció su Palabra que acampó entre nosotros (Jn 1,12). Se encarnó, haciéndose hombre en Jesús de Nazaret. Compartió en todo nuestra condición humana. Antes de ser conducido a la cruz, prometió el envío del Espíritu Santo: «No os dejaré abandonados. Permaneceré con vosotros. El mundo no me verá, pero vosotros me veréis... Rogaré al Padre para que os envíe otro abogado que os ayude y esté siempre con vosotros» (Jn 14,16-18).

2. Entre los oficios de este Espíritu están el de interpretar y recordar las enseñanzas de Cristo (Jn 14,26); el de fortalecer ante las dificultades para dar testimonio de su mensaje (Jn 15,26); el de reducir al silencio los ataques del mundo (Jn 16,711); el de conducirnos hasta la verdad plena y saber leer el porvenir (Jn 16, 12-15).

3. Pues bien, la promesa se está realizando hoy. Ya san Pedro, el día de Pentecostés, afirmó que se estaba cumpliendo la profecía (Hc 2,17) y añadió que se seguiría llevando a cabo «en vuestros hijos y en todos los de lejos». Los de lejos somos nosotros, los que en un tiempo no éramos pueblo, y ahora somos el pueblo de Dios (Ef 2,13). Depende, pues, de nosotros -al menos en parte- el que el primer proyecto de Dios, al crear el mundo, vaya siendo realidad. Los cielos nuevos y la tierra nueva ha comenzado ya (Ap. 21,1). Es posible una sociedad hecha de hermanos, donde no haya ni luto ni sangre. «Serán vecinos el lobo y el cordero; el leopardo se echará con el cabrito; el novillo y el cachorro pacerán juntos» (Is 11,6). Todo depende que decidamos o no vivir «según el Espíritu».

4. Porque se puede vivir «según la carne» y se puede vivir «según el Espíritu». La expresión es de san Pablo en 1Co c.2. Entiéndase bien. Vivir según la carne no es idéntico a vivir dominado por las pasiones desordenadas o los bajos instintos. Para Pablo vivir «según la carne» es como vivir «a lo humano», es decir, a obrar de acuerdo a los principios de una lógica racional. En cambio, vivir «según el Espíritu» es actuar conforme a unos criterios sobre-humanos.

Hay personas que no aceptan el cristianismo y son merecedores de todo respeto. Buscadores de la verdad, intelectuales competentes, profesionales responsables. Hombres honrados. Juzgan de las cosas a tenor de los datos científicos o a la luz de la filosofía, en una palabra, por la «prudencia humana». A esto le llama Pablo vivir «según la carne», es decir, «a lo humano». Pero estas personas «no aceptan las cosas de Dios; son necedad para ellos. No las pueden entender... En cambio, el hombre espiritual lo juzga todo, aunque a él nadie logre entenderle» (1Co 2,14).

## EL VERDADERO HUMANISMO

1. No faltan hoy teorías que quieren justificar el ateísmo, como si la persona humana pudiera realizarse en plenitud sin recurrir a una relación trascendente, realizándose en la pura inmanencia. Dios «aliena», se dice. El hombre ha alcanzado su mayoría de edad y Dios ha quedado relegado al desván como un trasto viejo, o se le exhibe como objeto de recuerdo en un museo de antigüedades.

2. Pero los «humanismos» no acaban de llenar. Hablar de plenitud humana sin contar con Dios es mutilar al hombre/mujer. Al antiguo mito del «Prometeo» sucedió el de «Sísifo», siendo ambos una dramática confesión de la impotencia humana para ser feliz por sí mismo. Prometeo robó fuego del Olimpo para bajarlo a los hombres, pero fue castigado por Zeus a permanecer encadenado a una roca, en la cima de la montaña, pisoteado eternamente en el vientre por un águila. Sísifo tenía que subir una gran piedra a lo Alto del mundo y cuando arañaba ya la cumbre, la piedra le rodaba hacia abajo, viéndose obligado a iniciar de nuevo la ascensión.

3. Por otra parte, y entre nosotros -quizás para contrastar lo dicho anteriormente- se habla mucho de «valores humanos» y se presenta a Cristo como el auténtico modelo de «hombre perfecto», apoyándose con frecuencia en un texto del Vaticano II, que dice: «Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre» (GS 22).

4. Es un texto que, ciertamente, hay que proclamar. Reafirmar la humanidad de Cristo resulta imprescindible. Pero hay que hacerlo sin soslayar su dimensión trinitaria -conviene hacer esto sin omitir aquello- como hace el Concilio, cuando continúa: «El hombre cristiano, conformado con la imagen del Hijo, que es el Primogénito entre muchos hermanos, recibe las primicias del Espíritu, las cuales le capacitan para cumplir la ley nueva del amor» (GS 22).

## APRENDICES DE CRISTIANOS

1. Visto así, nadie puede considerarse ya cristiano. «Quien no tiene el Espíritu de Cristo, éste no es de Cristo» (Rm 8,9). Ser cristiano es mucho más que cumplir con unos mandamientos o celebrar unos sacramentos. Ser cristiano supone un «hacerse», un quehacer: un ir captando las ondas del Espíritu y dejarse conducir por ellas. Es un proceso largo, la tarea de toda una vida.

2. En este proceso hay, sin duda, dos elementos decisivos: el don del Espíritu por parte del Padre y del Hijo; y la opción de fe por parte del hombre. El Padre toma la iniciativa y envía a su Hijo al mundo. El Hijo promete el Espíritu. El Espíritu sopla como don del Padre y del Hijo. El hombre acepta o rechaza.

3. San Ireneo (siglo II) lo explicaba así: «No rechaces el injerto dando gusto a la carne. Dice el Apóstol: «Tú eras olivo silvestre, pero te han injertado de olivo bueno y te has hecho igual que el tronco de savia del olivo» (Rm 11,17). Si después del injerto, el olivo silvestre sigue siendo tan silvestre como antes, «será cortado y arrojado al fuego» (Mt 7,19); pero si aguanta el injerto y se transforma en un olivo bueno, llegará a dar fruto y será digno de ser plantado en el jardín del rey. Así sucede con los hombres: si acogen el Espíritu de Dios y progresan en la fe, producen fruto y llegan a ser hombres espirituales, dignos de ser plantados en el jardín de Dios. Por el contrario, si resisten al Espíritu, permanecen en lo que eran, carne, y no llegan a poseer el Reino de Dios (1Co 15,50)» (AdvHaer.V,9,5).

## **CATEQUESIS SEGUNDA: JESÚS NO ES EL «CRISTO» SIN EL ESPÍRITU SANTO**

### **UNA HISTORIA «PROFÉTICA»**

1. Dios-PADRE creó el mundo «con sus dos manos, la Palabra y el Espíritu». La expresión es de San Ireneo. Lo que quiere decirse es que quien crea el mundo no es un Primer Ser, fruto de unas pruebas filosóficas, sino el Dios trinitario que se nos reveló en Cristo: crea el Padre por la Palabra y con el Espíritu. Dijo «Hay luz y hubo luz» (Gn 1,3) y el Espíritu aleteaba sobre las aguas (Gn 1,2). Dios crea al ser humano por amor, plasmando en él su propia imagen, es decir, haciéndole inteligente y libre, dotado de un querer autónomo.

2. Desfigurada la imagen de Dios en el hombre/mujer a causa del pecado, el Padre no le abandona al poder de la muerte (P1eg.Euc.1V), antes bien le sale al encuentro continuamente como mendigando una respuesta de amor, y va preparando la historia proféticamente hasta la llegada del Mesías.

«Proféticamente» quiere decir dos cosas: Primero, que el Espíritu de Dios aleteaba sobre el caos del tiempo, soplando sobre los hombres, preparándoles interiormente para la recepción de Cristo, la Palabra encarnada; Segundo, que el Espíritu fue hablando por los profetas.

3. En este sentido, como dice el Papa Juan Pablo II, «el misterio de la Encarnación constituye el culmen de esta dádiva y de esta comunicación divina» (TMA 44). La Palabra se hace carne en el seno de la Virgen por obra del Espíritu Santo. Por otra parte, Jesús actúa «como un hombre cualquiera», hecho «uno de tantos», en todo igual a nosotros menos en el pecado.

### **NO SE LE PUEDE ENTENDER**

1. A Jesús no se le entiende sin el Espíritu. Humanamente hablando es una locura, una necedad (1Co 1,18). Llama la atención cómo los Apóstoles que le acompañan por todas partes y hasta reciben del Maestro lecciones especializadas (Mc 4,10), al cabo de tres años sigan sin entenderle. Cristo tuvo que enfadarse con frecuencia. «¡Apártate de mí, Satanás!», recrimina a Pedro (Mt 16,23). Y cuántas veces se lamenta: «¡Hombres de poca fe!» (Mc 14,31; Lc 8,22), «¿Aún no comprendéis?» (Mt 16,9), «¿Hasta cuándo tendré que estar con vosotros?» (Lc 9,21). No entienden.

- ¡Muéstranos al Padre y nos basta!- «Pero, Felipe, ¿tanto tiempo con vosotros y todavía no me entendéis?» (Jn 14,9).- ¡Enseñanos el camino y nos basta!- «¡El Camino soy yo, Tomás» (Jn 14,5).

No comprendían (Jn 8,27). No captaron que se refería a la muerte de Lázaro cuando les hablaba de «dormición» (Jn 11,12), ni vislumbraron a qué comida aludía al decir: «Mi alimento es hacer la voluntad del Padre» (Jn 4,33).

2. A Cristo no se le comprende humanamente. Puede ser considerado a lo máximo como un gran personaje, un líder singular, un maestro extraordinario, un hombre ejemplar, pero «nadie puede exclamar «Jesús es Señor» si no es bajo la acción del Espíritu Santo» (1Co 12,3). El hombre-filósofo, por muy sabio y honrado que sea, no puede captar las cosas de Dios; resultan para él «locura» (1Co 2,14), no puede entenderlas.

3. Sólo una experiencia, bajo la acción del Espíritu, permite «conocer» que el hombre-Jesús es el Hijo -y que el Yahvéh todopoderoso es el «abbá» (1Co 8,15). De hecho, cuando llega Pentecostés e irrumpe el Espíritu, los Apóstoles quedan transformados. Testigos de la Resurrección, son hasta capaces de desafiar a las autoridades (Hc 4,19) y de entregar su vida al martirio.

4. San Ireneo (s.II) lo explicaba así: «El bautismo nos otorga el nuevo nacimiento en Dios Padre, por medio de su Hijo, en el Espíritu Santo. Porque quienes llevan el Espíritu de Dios son conducidos al Verbo, o sea, al Hijo; el Hijo los presenta al Padre y el Padre les dona la incorruptibilidad. Por consiguiente, sin el Espíritu no es posible ver al Hijo de Dios, y sin el Hijo nadie puede acercarse al Padre. Porque el conocimiento del Padre es el Hijo y el conocimiento del Hijo tiene lugar por medio del Espíritu Santo ... ».

## EL ESPÍRITU OS ENSEÑARÁ Y OS RECORDARÁ

1. Discípulo de san Policarpo -que lo fue a su vez del evangelista san Juan- Ireneo no hace sino transmitir la enseñanza del Apóstol.

Se lee en Jn 14,18-26: «No os dejaré huérfanos. Volveré a vosotros. Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis porque yo vivo y también vosotros viviréis. Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en Mí y yo en vosotros... El Abogado, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre hará que recordéis cuanto yo os he enseñado y os lo explicará todo».

2. Según esto, el Espíritu enseña y recuerda.

**ENSEÑA.** Esto quiere decir que actúa como maestro. Es cierto que a Jesús le llamamos también «el Maestro». Pero hay una gran diferencia. Cristo actuó comunicando con palabras humanas una Buena Noticia. El Espíritu no actúa exteriormente, sino en el interior del oyente. Es el Maestro que nos hace capaces de captar la doctrina del Señor.

**RECUERDA.** No es sólo «memorizar» las palabras dichas en el pasado para que no se olviden. Se trata más bien de hacer presente, de actualizar hoy lo que sucedió entonces. «Este es el memorial de nuestra fe», se dice en la Eucaristía para dar a entender que Cristo sigue entregando hoy su vida por nosotros. No es un simple recuerdo: entraña una «actualización».

3. Por esto, el recordar, fruto del Espíritu, supone dos cosas: por una parte, fidelidad a lo permanente de la Palabra; por otra, creatividad o, si se quiere, escucha del oyente contemporáneo a quien va dirigida. La fidelidad a Cristo no equivale a continuar diciendo y haciendo las mismas cosas de siempre. La letra mata, el espíritu da vida. Hay que ser fieles al Evangelio teniendo, al mismo tiempo, la creatividad suficiente para transmitir la fe de siempre con formas nuevas a un hombre que es diferente.

## ANTE EL TERCER MILENIO

En todo caso, es el Espíritu quien hace en cada momento de la historia que sepamos traducir la Palabra para que sea una palabra viva, dinamizadora, que responda a los interrogantes humanos. Por esto, como dice el Papa, «la Iglesia no puede prepararse al cumplimiento bimilenario de otro modo si no es por el Espíritu Santo. Lo que en la plenitud de los tiempos se realizó por obra del Espíritu Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia» (TMA 44).

## **CATEQUESIS TERCERA: EL ESPÍRITU ACTÚA MÁS ALLÁ DE LA IGLESIA**

### **EL ESPÍRITU SOPLA DONDE QUIERE (Jn 3,8)**

Los profetas habían anunciado que todos los pueblos subirían a Jerusalén (Is-2;2; 60,11; Zac 8,20) arrastrados por el viento del Espíritu (Is 42 y 43; Jer 23,24; Sal 139). Aunque el hombre y toda la creación están sometidos, muy a su pesar, al mal y a la esclavitud, el Espíritu alienta en ellos la esperanza de libertad (Rm 8, 19-22). El libro de los Hechos nos presenta una iglesia que, a pesar de sus flaquezas, vive al «aire» de Jesús. El Espíritu conduce primero a Felipe (Hc 8,29.39), después a Pedro (10,19-11,12) a evangelizar a los paganos. Es el Espíritu quien designa a Bernabé y a Pablo para partir en misión (Hc 13,2.4.). Igualmente es Él quien inspira a Pablo, en contra de sus previsiones, a «pasar a Macedonia» (Hc 16,6-10).

### **SANTOS PADRES**

El Ambrosiaster, discípulo de san Ambrosio (+397), acuñó esta frase: -«Toda verdad, la diga quien la diga, procede del Espíritu Santo». Santo Tomás la hace suya (aunque la atribuye a san Ambrosio). Para él, nadie hay tan malo que no tenga algo de bueno y nadie tan falso que no posea verdad. El mundo entero es una «gracia de Dios». El Espíritu aletea en el caos (Gn 1,1). Cuando alguien le abre la ventana, invade como aire impetuoso. Cuando se la cierra, penetra suave e invisible, sutil, por las rendijas del corazón.

San Justino (+165) hablaba de cómo los antiguos filósofos, gracias a las semillas del Logos esparcidas sobre la humanidad entera, habían logrado conocer parte de la verdad revelada luego plenamente en Cristo.

Clemente de Alejandría (+215) comparaba la filosofía griega con el Antiguo Testamento: lo que éste fue para los judíos fue aquélla para los gentiles, una preparación para la verdad evangélica .

Suyo es este sugerente texto:

«El Verbo de Dios ha abandonado la lira y la cítara, instrumentos sin alma, para entregarse por el Espíritu Santo al mundo entero concentrado en el hombre; se sirve de él como de instrumento con voces múltiples y, acompañándose de su canto de este instrumento que es el hombre, ejecuta la pieza de Dios». «Dios es la causa de todas las cosas hermosas; de unas lo es de una manera principal, como del Antiguo y Nuevo Testamento; de otras, secundariamente, como de la Filosofía. Y ésta tal vez ha sido dada principalmente a los griegos antes de que el Señor les llame también; porque ella condujo a los griegos hacia Cristo, como la Ley a los hebreos». En otra parte escribe: «El gnóstico espiritual es discípulo del Espíritu Santo».

Si para Clemente el Espíritu Santo es el Director que lleva la batuta en el gran concierto cósmico, para san Ireneo (+202) es el Director «del gran teatro del mundo». Escribe: «Quien se deja conducir por el Espíritu posee una firmeza inquebrantable. Tiene una fe íntegra con respecto al Padre «de quien» vienen todas las cosas. Posee una adhesión firme con respecto al Hijo «por quien» vienen todas las cosas. Y abriga una seguridad invencible con respecto al Espíritu Santo, que da el conocimiento de la verdad y pone en escena, en cada generación, los proyectos del Padre y del Hijo, para bien de la humanidad»

### **VATICANO II**

En GS 28, el Concilio pide amor y respeto hacia quienes «no son de los nuestros: «Quienes sienten u obran de modo distinto al nuestro en materia social, política e incluso religiosa, deben ser también objeto de nuestro respeto y amor. Cuanto más humana y caritativa sea nuestra comprensión íntima de su manera de sentir, mayor será la facilidad para establecer con ellos el diálogo». Y todo ello porque el Espíritu de Cristo «no está lejos» de quienes trabajan por el hombre: Hay quienes trabajan para que «se facilite al hombre todo lo que éste necesita para vivir una vida verdaderamente humana, como son el alimento, el vestido, la vivienda, el derecho a la libre elección de estado y a fundar una familia, a la educación, al trabajo, a la buena fama, al respeto, a una adecuada información, a obrar de acuerdo con la norma recta de su conciencia... El Espíritu de Dios, que con admirable providencia guía el curso de los

tiempos y renueva la faz de la tierra, no es ajeno a esta evolución. Y, por su parte, el fermento evangélico ha despertado y despierta en el corazón del hombre esta irrefrenable exigencia de dignidad» (GS 26).

En GS 38 lo afirma más clara y explícitamente. Aquí es el Espíritu mismo quien despierta y alienta el dinamismo a favor del hombre: «Constituido Señor por su resurrección, Cristo, al que le ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo también con ese deseo aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida y someter la tierra a este fin». De ahí que la Iglesia ha de saber «aprender» del mundo: «La experiencia del pasado, el progreso científico, los tesoros escondidos en las diversas culturas, permiten conocer más a fondo la naturaleza humana, abren nuevos caminos para la verdad y aprovechan también a la Iglesia» (GS 44).

## JUAN PABLO II

Juan Pablo II ha reafirmado estas ideas. «Hay que mirar atrás, comprender toda la acción del Espíritu Santo aún antes de Cristo, desde el principio, en todo el mundo, y especialmente en la economía de la Antigua Alianza» (DV 53). También al futuro: «Debemos mirar más abiertamente y caminar hacia el mar abierto, conscientes de que el viento sopla donde quiere»(DV 53). El Espíritu de la verdad «actúa - (también)- más allá de los confines del Cuerpo místico», había dicho en *Redemptor Hominis* (n.6) y lo repitió en *Dominum et Vivificantem* (n.53). He aquí sus palabras:

«Siguiendo el tema del Jubileo, no es posible limitarse a los dos mil años transcurridos desde el nacimiento de Cristo. Hay que mirar atrás, comprender toda la acción del Espíritu Santo aún antes de Cristo; desde el principio, en todo el mundo y, especialmente, en la economía de la Antigua Alianza. En efecto, esta acción en todo lugar y tiempo, más aún, en cada hombre, se ha desarrollado según el plan eterno de salvación, por el cual está íntimamente unida al misterio de la Encarnación y de la Redención, que a su vez ejerció su influjo en los creyentes en Cristo que había de venir. Esto lo atestigua de modo particular la «Carta a los Efesios»...

Pero siempre en la perspectiva del gran Jubileo, debemos mirar más abiertamente y caminar «hacia el mar abierto», conscientes de que «el viento sopla donde quiere», según la imagen empleada por Jesús en el coloquio con Nicodemo. El Concilio Vaticano, centrado sobre todo en el tema de la Iglesia, nos recuerda la acción del Espíritu Santo incluso «fuera del cuerpo visible de la iglesia». Nos habla justamente de «todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina».



## **CATEQUESIS CUARTA: EL ESPÍRITU SE DA EN LA IGLESIA EFUSIÓN ESPECIAL**

El Espíritu, que se cernía ya al principio de la creación sobre el caos, y fue conduciendo luego la historia proféticamente, y continúa hoy soplando en todas partes, se hace presente de una forma singular en la Iglesia. La Iglesia nace propiamente en Pentecostés. Y, desde entonces, Iglesia-Espíritu van entrelazados.

Así como al Padre se le atribuye la creación y al Hijo la redención, al Espíritu se le apropia la Iglesia. La fe en el Espíritu va siempre acompañada de la Iglesia y la Iglesia se presenta como la obra propia del Espíritu. Creemos en el Padre que crea; en el Hijo que redime; en el Espíritu Santo que da vida a la Iglesia.

### **LA IGLESIA NACE DE CRISTO Y DEL ESPÍRITU**

La Iglesia nace de las «dos misiones» trinitarias: la ENCARNACIÓN y PENTECOSTÉS. Cristo, el Logos encarnado, instituye la Iglesia con sus manifestaciones externas: ministerio, jerarquía, culto, instituciones, etc. El Espíritu es el Vivificador, el que da la Vida a la Iglesia instituida por Cristo; el «alma». Aun suponiendo la dimensión de la Iglesia como sociedad perfecta y visible, hay que conceder la primacía al aspecto de «misterio de comunión». Santo Tomás escribe: «La cabeza tiene una clara superioridad sobre los miembros exteriores; pero el corazón tiene sobre ellos una influencia oculta. Y por este motivo se compara al Espíritu con el corazón, porque vivifica y une invisiblemente a la Iglesia; en cambio, Cristo se compara con la cabeza según su naturaleza visible, por la que, en cuanto hombre, es superior a todos los hombres». Es decir, la Iglesia es como un cuerpo, que tiene ciertamente una cabeza, pero la vida se la comunica el alma (corazón) que une, enlaza y vivifica a todos los miembros.

### **SE DA A LA COMUNIDAD**

El Espíritu que sopla en todos y en todas partes, se comunica de un modo específico a quienes se abren a Él por la fe y se inician en la Iglesia por los sacramentos del Bautismo /Confirmación. Ahora bien, esta comunicación especial la reciben quienes se inician, no como individuos aislados, sino en razón de miembros. Es la comunidad quien recibe el don. Sólo se participa del mismo si se permanece unido al resto del cuerpo. Así como una mano desgajada no recibiría vida, tampoco una persona separada de la comunidad eclesial sería vivificada por el Espíritu.

Según el libro de los Hechos, en Pentecostés, los discípulos estaban todos juntos en un mismo lugar (Hc 2,1) y tenían un mismo corazón, oraban en íntima armonía, perseveraban unánimes (Hc 1,14). Cada uno fue llenado de los dones del Espíritu porque formaba una unidad moral con los restantes discípulos. Pero la «unanimitad» se presenta ya como signo de la acción del Espíritu. Es decir: se juntaron, pero fue el Espíritu quien los unificó. El primer concilio de Jerusalén puede decir: «Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...» (He 15,28). Desde Pentecostés, quienes creyeron y se bautizaron, fueron «asiduos a la común-unió» (He 2,42).

También para san Pablo, el Espíritu se da «para formar un solo cuerpo» (1Co 12,7). Cuando afirma que los cristianos son «templos de Dios» o del Espíritu (1Co 3,16; 6,19), la frase tiene una connotación comunitaria. No es que cada uno sea templo, sino que, como piedras vivas (1P 2,5), cada cual integra la construcción del santuario (Ef 2, 19-22).

Es, en realidad, lo que se proclama en los símbolos de la fe. Por más que nos remontemos hasta las fórmulas más antiguas, siempre se encuentra el artículo de la Iglesia unido al del Espíritu Santo. Ese mismo era el sentido de la confesión bautismal con su estructura trinitaria, tal como la vemos p.ej. en Tertuliano, Ireneo, Hipólito y muchos otros.

A finales del siglo IV, Dídimo el Ciego escribe que todo progreso en la verdad es debido a «este divino y magnífico Espíritu, autor, guía y promotor de la Iglesia», porque quien la funda es Cristo, mas quien le da vitalidad es el Espíritu:

«Fundó la Iglesia sobre los ríos, haciéndola, por decreto divino, capaz de recibir el Espíritu Santo, de donde fluyen, como de un manantial, las variadas gracias, que son otros tantos ríos de agua viva». Gracias a Él, la Iglesia se convierte en «madre». La fuente bautismal es como el seno de una madre siempre virgen que engendra para la vida a quienes creen.

La Iglesia no es sólo la «esposa de Cristo» sino también «nuestra Madre», idea que probablemente toma de su maestro Orígenes: «La piscina (bautismal) de la Trinidad es taller para la salvación de todos los hombres fieles. Libera de los pecados a todos los que se lavan en ella y, permaneciendo virgen, se

hace madre de todos por el Espíritu Santo» S. Agustín explica: «Después que hemos confesado a Jesucristo, Hijo de Dios y único Señor nuestro, como corresponde a la brevedad del Símbolo, añadimos que creemos también en el Espíritu Santo, para que se complete aquella Trinidad, que es Dios; a continuación se menciona la santa Iglesia... (porque) el recto orden de nuestra confesión exigía que la Iglesia apareciese unida a la Trinidad, como al inquilino su casa, como a Dios su templo y como al fundador su ciudad».

S. Agustín insiste con frecuencia en parecidas ideas: Que lleguen a ser cuerpo de Cristo si quieren vivir del Espíritu de Cristo, porque es el Espíritu quien da vida al cuerpo de Cristo. La unidad es realizada por la caridad. ¿Y cuál es la fuente de la caridad? Pregúntalo al Apóstol «La caridad de Dios, dice, es difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado. Luego es el Espíritu quien vivifica, porque el Espíritu es quien hace que los miembros tengan vida.. Pero el Espíritu sólo da vida a los miembros que encuentra unidos al cuerpo, que informa y vivifica... Yo llamo espíritu a tu alma; y tu alma sólo vivifica a los miembros que están unidos con tu cuerpo. Si separas uno, ya no es vivificado por tu alma, porque ya no forma parte de la unidad de tu cuerpo. Digo estas cosas para que nos enamoremos de la unidad y temamos la división».

Más adelante, los grandes teólogos medievales omitieron por norma la preposición «en» delante de «la Iglesia», dando a este hecho una significación teológica: «Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia». La fe no recae en la Iglesia, sino en el Espíritu Santo que unifica, vivifica, santifica, «hace», en resumen, la Iglesia», de modo que, tanto si se usa como si se suprime la preposición «en», lo que quiere significarse es: «Creemos en el Espíritu Santo que unifica la Iglesia». «El Papa León dice que no debe añadirse la preposición "en", de forma que se pronuncie "en la santa Iglesia", sino que debe decirse: "la santa Iglesia"... Sin embargo, Anselmo afirma que puede decirse "en" con tal de que se entienda: "en el Espíritu Santo que unifica la Iglesia"».

«De la misma manera que en un hombre hay sólo un alma y un cuerpo y sin embargo sus miembros son distintos, así la Iglesia católica es un solo cuerpo que tiene diversos miembros. El alma que da vida a este cuerpo es el Espíritu Santo. Por esto, después de creer en el Espíritu Santo, debemos creer en la santa Iglesia Católica. En consecuencia, en nuestra confesión de fe se añade: "En la santa Iglesia católica"»

## **CATEQUESIS QUINTA: EXPERIENCIA DEL ESPÍRITU EN LA PRIMITIVA COMUNIDAD**

Son principalmente cuatro los «lugares» donde puede comprobarse que la primitiva comunidad cristiana vivía bajo una fuerte experiencia del Espíritu:

### **1. CARISMAS**

Una Iglesia sin carismas es para san Pablo una pobre Iglesia. Es preciso «aspirar celosamente» a ellos. En varias ocasiones lo advierte, incluso a la comunidad de Corinto que, por otra parte, se veía amenazada por su excesivo celo (1Co 12,31; 14,1.12.13.39). Lo que en realidad le preocupa es discernir cuáles son los auténticos (1Ts 5,19-22).

Hay carismas que se conceden en orden al ministerio (o función) a desempeñar: apóstoles; profetas/ doctores; pastores (1Co 12,28; Ef 4,11; Rm 12,7). Los hay que se otorgan más bien en orden a la vida. Conciernen a diversas actividades útiles para la comunidad: servicio, enseñanza, exhortación (predicación), obras de misericordia, palabra de sabiduría o de ciencia, fe eminente, don de curación, discernimiento de espíritus, etc. (1Co 12,8ss; Rm 12,6ss).- Las vocaciones particulares están igualmente fundadas en los carismas (1Co 7,7). También la caridad -virtud básica en el cristianismo- es un don del Espíritu Santo (1Co 12,31-14,1; Rm 5,5). Los carismas se conceden ordinariamente a todos (1Co 12,7; Ef 4,7), aunque a veces tengan un carácter extra-ordinario (milagros, curaciones, etc.). De todos ellos, el de profecía parece tener un lugar destacado, sino el principal. Se la menciona a veces como una actividad abierta a todos (1Co 14,29ss.39ss; Hc 2,17.39); otras se la presenta como una función (1Co 12,28; Ef 4,11).

No se trata tanto de predecir el futuro, cuanto de ser portador de una palabra de exhortación, iluminación, denuncia, esperanza. En las comunidades de Corinto y de Antioquía, son los hombres «carismáticos» quienes ocupan el papel más visible y llamativo en la vida de comunidad, por mucho que tenga que ser ésta quien en definitiva discierna al verdadero del falso profeta.

## 2. ORACIÓN DE LA COMUNIDAD

Jesús invocaba a Yahvéh como «abbá» (papá) (Mc 14,36; Mt 11,25; Lc 11,25; Jn 11,41) y quiso que sus discípulos le llamaran igualmente «padre-nuestro» (Lc 11,2). Desde el principio, la Liturgia dirige las oraciones al Padre, por mediación del Señor Jesús, a impulsos del Espíritu (Ver Catequesis novena).

a. En la Didaché encontramos una catequesis sobre el «Padre-nuestro», oración que se preceptúa rezar tres veces al día. El Padrenuestro sigue al Bautismo y precede a la Eucaristía. Sólo los iniciados pueden llamar «padre» a Dios (VIII, 2-3).

b. Las Odas de Salomón son un libro apócrifo que recoge una serie de himnos y poesías primitivos. Su lenguaje es enigmático, impregnado de concepciones judeo-gnósticas-docetistas, pero nos ayuda a comprender el sentir de la primera generación cristiana. El Espíritu es como el soplo, la fuerza, el impulso de la oración: «Como el viento se desliza por la cítara /y las cuerdas hablan, /así habla el Espíritu del Señor por mis miembros, /y yo hablo» (Oda 6); «Abriré mi boca y su Espíritu hablará por mí» (Oda 16). «Yo no hubiera sabido amar al Señor, / si El no me hubiese amado./ ¿Quién puede comprender el amor, /a no ser el que es amado?./ Yo quiero al amado y mi alma lo ama / y donde está su descanso también estoy yo.../ Este es el Espíritu del Señor, sin engaño, que instruye a los hombres...» (Oda 3); «Como las alas de la paloma están sobre sus polluelos / y los picos de sus pichones están hacia sus picos, /así también están las alas del Espíritu sobre mi corazón. He creído, por esto he encontrado reposo.../Con gran bendición me ha bendecido... /Ni la espada me separará de él, / ni tampoco el sable... /Me abrazó la vida inmortal / y me besó...» (Oda 28)

c. El Pastor de Hermas refleja la vida de la cristiandad de Roma de mediados del siglo II, cristiandad todavía de los tiempos heroicos de persecución y martirio, pero a la que el Pastor considera ya «vieja» porque su espíritu «está aviejado y marchito ya, y sin vigor, a causa de las flaquezas y dudas». Aunque hoy nos resulte extraño por su contenido y estilo, es una buena ayuda para comprender la vida de aquella comunidad. El autor insiste particularmente en la necesidad de la presencia del Espíritu para que la oración sea «alegre» y pueda subir hasta el Padre. La alegría debe caracterizar la oración del creyente. El hombre triste «contrista al Espíritu Santo». La alegría es presentada como un «don» del Espíritu y debe inspirar la oración para que ésta sea eficaz. «La oración del hombre triste no tiene fuerza para subir al altar de Dios» .

## 3. CATEQUESIS PRE-BAUTISMALES

La preparación para el bautismo de quienes solicitaban la admisión comprendía, entre otras cosas, un aspecto didáctico de enseñanza progresiva, siquiera de los puntos fundamentales de la doctrina cristiana. El testimonio de IRENEO (+202) es, a este propósito, de importancia capital, tanto por la antigüedad del mismo, como por la expresión clara de una práctica común.

Veamos, entonces, la regla de nuestra fe, el fundamento del edificio y aquello que da firmeza a nuestra conducta: Dios Padre, increado, que no se halla contenido, invisible, un solo Dios, creador del universo: tal es el primer artículo de nuestra fe.

Como segundo artículo: el Verbo de Dios, el Hijo de Dios, Cristo Jesús, nuestro Señor, que se manifestó a los profetas, a tenor del género de su profecía y según el estado de la economía del Padre; por medio del cual han sido hechas todas las cosas; quien, además, al final de los tiempos, para recapitular todas las cosas, se ha hecho hombre entre los hombres, visible y palpable, para destruir la muerte, manifestar la vida y obrar una comunión entre Dios y el hombre.

Como tercer artículo: el Espíritu Santo, por cuyo medio profetizaron los profetas, los Padres supieron lo concerniente a Dios y los justos se condujeron por el camino de la justicia; el cual, al final de los tiempos, ha sido difundido de un modo nuevo sobre nuestra humanidad, para renovar al hombre sobre la tierra en orden a Dios... Puesto que quienes llevan el Espíritu de Dios son conducidos al Verbo, o sea, al Hijo; el Hijo los presenta al Padre y el Padre les dona la incorruptibilidad. Por consiguiente, sin el Espíritu no es posible ver al Hijo de Dios, y sin el Hijo nadie puede acercarse al Padre. Porque el conocimiento del Padre es el Hijo y el conocimiento del Hijo tiene lugar por medio del Espíritu Santo...»

## 4. RITOS DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

Los cristianos proclamaron desde siempre su fe en la Trinidad. Basados en el ejemplo filial de Jesús, y seguros del don de su Espíritu, confesaron y proclamaron a Dios como Padre desde el principio.

a. Además de explicarse el «símbolo trinitario» en la catequesis pre-bautismal, éste se proclamaba solemnemente en el rito del Bautismo. Al principio, a los catecúmenos procedentes del judaísmo bastaba exigirles una profesión de fe «en el Señor Jesús», por ej.. en que Jesús era Hijo de Dios (Hc 8,37). En el fondo, era ya una confesión trinitaria frente al monoteísmo cerrado de los judíos. Pero, poco a poco, al conferirse el Bautismo a convertidos procedentes del paganismo, se fue exigiendo una profesión más

explícitamente trinitaria, empezándose a usar el texto de Mt.28: «Bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

b. Bautismo-Confirmación-Eucaristía se administraban conjuntamente en una liturgia continuada y única, que terminaba con la comunión del cuerpo y sangre de Cristo. Rimada por etapas, los tres momentos de esta única celebración, son a la vez acción y descubrimiento trinitario. Una vez purificados en el agua, el Obispo los ungía con óleo, diciendo: «Señor Dios, tú que los tornaste dignos de obtener la remisión de los pecados por el baño de la regeneración, hazlos merecedores de llenarse del Espíritu Santo y envía sobre ellos Tu gracia, a fin de que te sirvan cumpliendo tu voluntad, ya que para tí es la gloria, Padre e Hijo con el Espíritu Santo, en la santa Iglesia...» .

c. En cuanto a la Eucaristía no encontramos en los tres primeros siglos fórmulas fijas, aunque se conservan algunas anáforas embrionarias. Todas ellas tienen una estructura trinitaria: van dirigidas al Padre, por mediación de su Hijo, bajo la acción del Espíritu. «Mutuamente nos saludamos con el beso (fraternal) cuando hemos terminado de orar. Después se presenta el pan a aquel que preside y, al mismo tiempo, el cáliz del agua y del vino. Recibidas por él estas cosas, da alabanza Y gloria al Padre de todos por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y realiza largamente la eucaristía o acción de gracias por aquellos dones que ha recibido... Y en todas las ofrendas alabamos al Creador de todas las cosas por su Hijo Jesucristo y por el Espíritu Santo» (San Justino)

## **CATEQUESIS SEXTA: LA CONFIRMACIÓN COMO SACRAMENTO DEL ESPÍRITU. UN POCO DE HISTORIA**

1. En los primeros siglos de la Iglesia, Bautismo-Confirmación-Eucaristía se administraban conjuntamente en una liturgia continuada y única. Rimada por etapas, toda la iniciación cristiana -bajo la presidencia del Obispo- era a la vez acción y descubrimiento del Padre y del Hijo y del Espíritu: profesión de fe y baño del agua (Bautismo); unción del crisma e imposición de manos (Confirmación); Consagración y Comunión (Eucaristía), los tres momentos en una misma noche.

2. Poco a poco, cuando las comunidades cristianas aumentan y el Obispo no puede hacerse presente en todas ellas, se van separando el Baño del Agua y la Unción del Crisma. El primero lo hace el Presbítero. Para el segundo, los neófitos son llevados a presencia del Obispo. Esta separación se consuma a partir del siglo V, elaborándose desde entonces una teología donde Bautismo y Confirmación aparecen como sacramentos, no solamente distintos, sino incluso alejados e independientes.

3. Es importante re-descubrir que Bautismo y Confirmación, aún siendo dos momentos (dos sacramentos) de una misma iniciación, andan tan estrechamente entrelazados que se implican mutuamente. Nadie puede considerarse plenamente cristiano si no está confirmado. Según la tradición, y según las normas actuales del Magisterio, nadie puede acercarse a la Eucaristía si no está bautizado-confirmado. Hoy se da en la práctica una contradicción entre la doctrina y la pastoral. La Confirmación es el coronamiento del Bautismo, su complemento, su plenitud, su perfeccionamiento.

## **EL ESPÍRITU SE DA TAMBIÉN EN EL BAUTISMO**

1. La gracia del Bautismo es como el primer encuentro personal del hombre con el Señor glorificado. El Señor concede al neófito los primeros frutos de su redención: le perdona los pecados, le introduce en la familia del Dios trinitario (hijo adoptivo del Padre y hermano en Cristo, por el Espíritu Santo) y le constituye miembro de una iglesia peregrina y militante. Todo ello es ya fruto de la acción del Espíritu Santo, que sopla sobre el bautizado como si éste fuera un «niño recién nacido» a la vida sobrenatural. En este sentido, el Bautismo representa la «infancia espiritual».

2. La gracia de la Confirmación es la reafirmación de todo esto en el plano de la «edad adulta». Ahora bien, la «edad adulta» no hay que entenderla como edad psicológica, sino como don de Dios. Es decir, el Señor reafirma el don ya concedido en el Bautismo y concede al ya bautizado una comunicación especial del Espíritu Santo (acompañado de un carácter o título especial) que puede cifrarse en el don de la fortaleza para la confesión de la fe.

De hecho, en la práctica, en las catequesis, se insiste demasiado en la responsabilidad que va a asumir el confirmando (responsabilidad que, por otra parte, es contradictorio exigir a los 15 años) en detrimento del «don del Espíritu» que fortalece, prescindiendo de la edad. Hoy suele hacerse de la Confirmación como un «segundo bautismo»: si en el primero fueron los padres y padrinos quienes «prometieron», ahora es el adolescente quien debe comprometerse. De esta forma, la Confirmación se convierte, más que en un acogida del don del Espíritu, en una especie de «puesta de largo» eclesial. Sería bueno afirmar una cosa sin omitir la otra.

## EL DON DE FORTALEZA

1. Lo importante es ser «testigos». Mt.10 insiste en la necesidad de «confesar a Cristo». En Jn 15,26, Cristo promete el envío del Espíritu Santo para que «dé testimonio de Mi» y también «vosotros deis testimonio». Al final de su presencia en la tierra, cuando la Ascensión (Lc 24,48) les exhorta a esperar «la promesa» porque solamente entonces podrán ser «testigos de estas cosas». Igual al principio de los Hechos: «recibiréis la fuerza del Espíritu y seréis mis testigos».

2. De hecho, la manifestación principal del Espíritu Santo, en cuantos le recibieron, fue «dar testimonio de la verdad».

Los Apóstoles, rudos pescadores, cobardes, de quienes Jesús se avergüenza a veces, quedan transformados en Pentecostés. Se lanzan a la calle a predicar con toda confianza y valentía a Jesucristo «a quien vosotros alzasteis en la cruz y disteis muerte» (Hc 2,2), a quien «lo resucitó Dios» y de lo cual «todos nosotros somos testigos» (Hc 2,32). Y ante el sanedrín será tal la fuerza del Espíritu que los sanedritas, «viendo la libertad de Pedro y Juan y considerando que eran hombres sin letras y plebeyos, se maravillaban» (Hc 4,13). Y todo porque Pedro les hablaba «lleno del Espíritu Santo» (Hc 4,88) y les decía: «Nosotros somos testigos de esto y lo es también el Espíritu Santo que Dios otorgó a los que le obedecen» (Hc 5,32).

Igual entre los discípulos. Lucas dice que «todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía» (Hc 4,31). San Esteban, el protomártir, «lleno del Espíritu Santo» (Hc 7,55) predicaba con tal fuerza la Buena Noticia que nadie podía resistir a «la sabiduría y al espíritu con que hablaba» (Hc 8,10), atestiguando la venida del Justo (Hc 7,52). Felipe, movido por el Espíritu, se acerca al eunuco para interpretar la Escritura (Hc 8,29-38). Ananías impone las manos a Saulo para comunicarle el Espíritu Santo (Hc 9,17), diciéndole: «porque tú le serás testigo ante todos los hombres de que le has visto y oído» (Hc 22,15).

3. Pues bien, la mayoría de los Santos Padres de los primeros siglos relacionan la Confirmación con el don de la «fortaleza» para la confesión de la fe.

San Cirilo de Jerusalén (+386) dice que el sello del E.S. es como una armadura que nos agrega a la milicia de la Iglesia y compara al confirmado con el soldado que debe luchar y combatir contra toda oposición adversa. San León Magno (s.V) exhorta: «permaneced firmes en la fe que habéis confesado ante muchos testigos y en la cual renacidos por el agua y el E.S. recibisteis el crisma de la salvación y el sello de la vida eterna». San Agustín ve precisamente en esta fortaleza para confesar la fe la gracia propia de la Confirmación. También San Juan Crisóstomo relaciona Confirmación y fortaleza: «Si abandonáis las filas seréis vistos por todo el mundo. Los judíos tenían por signo la circuncisión, nosotros tenemos las arras del Espíritu ... Alimentados de esta doctrina, que cuando hayáis enarbolado el estandarte, seáis guerreros, prestos al combate, y elevando el trofeo frente al enemigo alcancéis la corona de justicia». San Ambrosio (s.IV) se dirige a los confirmados recordándoles haber sido ungidos para luchar por la vida eterna, que deben preferir a la temporal. San Gregorio Magno (+ 604) les recuerda que si han recibido el don del Espíritu Santo es para que puedan manifestarse delante de los demás como «buen olor de Cristo». Alceino (s.IX), describiendo los ritos de la iniciación, dice que «finalmente, mediante la imposición de las manos del sumo sacerdote, recibe la septiforme gracia del Espíritu, a fin de ser fortalecido por el mismo Espíritu en orden a predicar a los demás». Y en la *Decretalium collectio* se lee: «El Espíritu Santo, que descendió por un movimiento saludable sobre las aguas del bautismo... en la confirmación da el crecimiento de la gracia. En el bautismo somos regenerados a la vida; después del bautismo somos confirmados para el combate. En el bautismo somos lavados; después del bautismo, robustecidos». También para Santo Tomás, testimoniar a Cristo es lo propio de la Confirmación. Aunque todo bautizado deba confesar su fe, hacerlo de una manera oficial, pública, contra toda clase de dificultades, es competencia específica del confirmado (3,72,9).

4. PABLO VI escribe: «En el Bautismo los neófitos reciben el perdón de los pecados, la adopción de hijos de Dios y el carácter de Cristo, por el que son agregados a la Iglesia y se convierten, inicialmente, en partícipes del sacerdocio de su Salvador. Con el sacramento de la Confirmación, aquellos que han renacido en el bautismo, reciben el don inefable, el mismo Espíritu Santo, por el que son dotados de una fuerza especial (LG 11) y, marcados por el carácter del mismo sacramento, quedan unidos más perfectamente a la Iglesia (LG 11), al tiempo que quedan más estrechamente obligados a difundir, y a defender de palabra y de obra, su fe, como auténticos testigos de Dios (LG 11; AG 11)»

## **CATEQUESIS SÉPTIMA: ESPÍRITU SANTO Y CARISMAS. CARISMAS PARA TODOS**

### **LOS CARISMAS EN LOS TEXTOS DEL CONCILIO VATICANO II**

LG 12: «El mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los misterios y le adorna con virtudes, sino que también reparte gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere (1Co 12,11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia, según aquellas palabras: «A cada uno... se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad» (1Co 12,7). Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más comunes y difundidos, deben ser recibidos con gratitud y consuelo, porque son muy adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia. Los dones extraordinarios no deben pedirse temerariamente ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos del trabajo apostólico. Y, además, el juicio de su autenticidad y de su ejercicio razonable pertenece a quienes tienen la autoridad en la Iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno».

AA 3: «El Espíritu Santo, que obra la santificación del Pueblo de Dios por medio del ministerio y de los sacramentos, da también a los fieles (cf. 1Co 12,7) dones peculiares, distribuyéndolos a cada uno según su voluntad (1Co 12,11), de forma que todos y cada uno, según la gracia recibida, poniéndola al servicio de los demás, sean también ellos buenos administradores de la multiforme gracia de Dios (1P 4,10), para edificación de todo el cuerpo en la caridad (cf. Ef 4,16). Es la recepción de estos carismas, incluso de los más sencillos, la que confiere a cada creyente el derecho y el deber de ejercitarlos para bien de la humanidad y edificación de la Iglesia en el seno de la propia Iglesia y en medio del mundo, con la libertad del Espíritu Santo, que sopla donde quiere, y en unión al mismo tiempo con los hermanos en Cristo, y sobre todo con sus pastores, a quienes toca juzgar la genuina naturaleza de tales carismas y su ordenado ejercicio, no por cierto para que apaguen el Espíritu, sino con el fin de que todo lo prueben y retengan lo que es bueno (cf. 1Ts 5,12.19.21)».

### **EXPLICACIÓN**

El carisma ni es un sacramento, conductor de la gracia; ni es un ministerio jerárquico que lleve aneja autoridad alguna. Tampoco es una virtud moral que hace bueno a quien la tiene. No se es ni mejor ni peor por tener un carisma, simplemente se está capacitado: el pie para andar, la lengua para hablar, el corazón para latir.

El carisma es una capacitación, una cualidad, una «gracia especial» que el Espíritu Santo regala a quien quiere y como quiere, siempre en orden al bien de la comunidad. Especial no equivale a extraordinario, pues los hay «ordinarios» y los hay fuera de lo común. El acento recae en la gratuidad y en el servicio comunitario. Son dones diferentes a la gracia de santificación que el Espíritu otorga mediante los sacramentos, talentos que hacen a los fieles «aptos y prontos para ejercer diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia». El Concilio invita a recibirlos «con gratitud y consuelo», al tiempo que pone en guardia contra los posibles excesos respecto a los «extraordinarios», los cuales «no deben pedirse temerariamente ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos del trabajo apostólico».

### **CARISMA E INSTITUCIÓN**

Hay una clara distinción entre institución y carisma, pero nunca oposición. En efecto, de una parte se encuentran los «sacramentos y ministerios» y, de otra, las «gracias especiales» o «carismas». Estos no dependen de la institución, sino de la libre iniciativa del Espíritu que «los distribuye como él quiere». Pueden darse, pues, carismas al margen de los ministerios instituidos. Sin embargo, no hay oposición: ministerios y carismas provienen de un mismo origen, del mismo Espíritu (LG 4). Más aún: los ministerios son ya «dones» del Espíritu.

En todo caso, a los jerarcas corresponde el discernimiento de los «carismas». «El juicio de su autenticidad y de su ejercicio razonable pertenece a quienes tienen la autoridad en la Iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno» (LG 12). A los

pastores «toca juzgar la genuina naturaleza de tales carismas y su ordenado ejercicio, no por cierto para que apaguen el Espíritu, sino con el fin de que todo lo prueben y retengan lo que es bueno» (AA 3). También hoy, como antaño, se impone el discernimiento, correspondiendo la última palabra a los pastores, por mucho que también ellos deben dejarse juzgar e interpelar por la Palabra y el Espíritu.

El ministerio pastoral, que tiene su origen y justificación evangélica (LG 19; PO 2) y que actúa en nombre de «Cristo-cabeza» está -o debe estar-para el «servicio de sus hermanos, a fin de que todos cuanto son miembros del Pueblo de Dios... tiendan libre y ordenadamente, a un mismo fin» (LG 18). El NT modifica en su raíz los esquemas habituales de autoridad: «Vosotros me llamáis «el Maestro» y «el Señor», y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (Jn 13,15). «Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos, y los grandes oprimen con su poder. Que no sea así entre vosotros. El que quiera ser el primero entre vosotros, que se haga esclavo» (Mt 20,27).

## MINISTERIOS LAICALES

La Iglesia no se construye únicamente por la vía de los medios instituidos, sino también por la infinita variedad de dones que cada persona tiene el derecho y la obligación de ejercitar. Cada quien tiene algo que hacer y que decir. Sobre los pilares de estos carismas, asumidos con visión abierta, puede hablarse hoy de los «ministerios laicales» que confieren un rostro nuevo a la Iglesia, notablemente diverso del que presentaba una eclesiología piramidal.

Afirma Juan Pablo II: «La Iglesia es dirigida y guiada por el Espíritu, que generosamente distribuye diversos dones jerárquicos y carismáticos entre todos los bautizados, llamándolos a ser -cada uno a su modo- activos y corresponsables» (CL 21). Dice «corresponsables» porque se trata de algo más que una simple colaboración o ayuda. Corresponsabilidad alude a derechos y obligaciones que se comparten y se asumen conjuntamente.

Digamos que el Espíritu Santo construye la Iglesia a través de la historia, mediante dones que infunde normalmente en todos y cada uno de los fieles -(da a todos, aunque no a todos los mismos)- para utilidad común. Y, así, la Iglesia es un quehacer de todos. El Espíritu la construye a través del Papa, de los Obispos, de los Presbíteros y... del último de los seglares. La carta a los efesios habla de un «edificio en construcción» (Ef 2,20-22; 4,14-16), del que cada quien es «piedra viva» (1P 2,5;Ef 2,21). Todos, pues, corresponsables. Y así pide el Papa se certifique:

«Los Pastores -dice- han de reconocer y promover los ministerios, oficios y funciones de los fieles laicos, que tienen su fundamento sacramental en el Bautismo y en la Confirmación» (CL 23).

La corresponsabilidad implica ministerios que comparten y ejercen conjuntamente Presbíteros y Laicos, si bien cada cual debe ejercerlos según su carisma propio: el Presbítero desde una ordenación que le constituye en Cristo-cabeza; el laico-Religioso desde la marca de una peculiar consagración; y el laico-Seglar desde la secularidad misma. El Papa insiste en que «los diversos ministerios, oficios y funciones que los fieles laicos pueden desempeñar legítimamente en la liturgia, en la transmisión de la fe y en las estructuras pastorales de la iglesia, deberán ser ejercitados en conformidad con su específica vocación laical» y cita la *Evangelii nuntiandi*, donde Pablo VI abunda en lo mismo. Nada de hacer «clérigos en-la-calle», antes seglares-seglares corresponsables.

Lo importante es tomar conciencia de que el Espíritu Santo es el «alma» de toda la Iglesia y deja sentir su influencia en todos los miembros. En la cabeza y en los pies. En la mano derecha y en la izquierda. Para recibir su don hay que permanecer unidos a la cabeza y sentirse miembro de los demás miembros. Separados o aislados, no se recibe vida. Pero, ensamblados en el conjunto, cada cual recibe la savia de acuerdo a la función que le corresponde.

## **CATEQUESIS OCTAVA: ESPÍRITU SANTO Y NUEVA EVANGELIZACIÓN**

Al definir la Iglesia, el Concilio afirma que tiene que ser (además de «signo»), instrumento de reconciliación (LG 1). Queda sintetizada en esta palabra toda su función dinámica y profética. Lejos de replegarse sobre sí misma, la Iglesia ha de ponerse de cara al mundo. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1Tm 2,4) y corresponde a la Iglesia ser las «primicias» (AG 2-4) y crear entre todos los pueblos una «comunidad universal» que sea en verdad «la familia de Dios» (GS 32). Ahora bien, el Concilio advierte que esta «familia de Dios» existe ya -es el «misterio trinitario»- de suerte que si la Iglesia puede ir creándola es porque Dios es comunidad y Cristo la posibilita en el mundo al comunicarnos su Espíritu.

### **NUEVA EVANGELIZACIÓN**

Hoy se habla de una «nueva evangelización». Pero, ¿qué hay detrás de esta expresión? ¿Se trata de evangelizar otra vez de la misma manera (imponiendo nuestra verdad); o se trata de evangelizar de distinta forma (comprendiendo la parte de verdad que puedan tener los otros)? ¿Consiste en regresar a un régimen de cristiandad; o consiste más bien en desprenderse de todo poder terreno y lanzarse, sin más riqueza que la del Espíritu, a proclamar la Buena Noticia? ¿Hemos de volver a lo de antes -sindicatos católicos, partidos católicos, emisoras católicas, universidades católicas- o hay que prepararse mejor para ser fermento de todas las mediaciones sin pretender dirigir las mediaciones? ¿Qué modelo de iglesia se busca: la que se repliega en sí misma, contemplándose como Narciso en las aguas, preocupada por la Gran Disciplina; o la que se pone de cara al mundo, como fermento en la masa y cerilla en la oscuridad? ¿La de Constantino, o la de los Apóstoles?

### **LA EVANGELIZACIÓN COMO HISTORIA TRINITARIA**

Pero la evangelización es también una historia trinitaria. La historia de un Padre-maternal apasionado por los hombres. La historia de un HIJO entregado apasionadamente. La historia de un Espíritu que dinamiza la utopía.

#### **Un padre apasionado.**

El mundo de hoy no es el universo que el Padre creó (Ver Catequesis primera). No fue El quien dividió a los hombres en ricos y pobres, en dueños y esclavos. El los hizo hermanos, el hombre inventó las bombas. Creó los bienes para todos, no para que los gozaran unos pocos. El Padre no quiere este mundo. Sufre apasionadamente. Juan Pablo II ha hablado a veces del dolor, inconcebible e indecible, inexcusable, «en el corazón mismo de la inefable Trinidad» «El "convencer en lo referente al pecado", ¿no deberá significar también el revelar el sufrimiento? ¿No deberá revelar el dolor, inconcebible e indecible, que, como consecuencia del pecado, el Libro Sagrado parece entrever en su visión antropomórfica en las profundidades de Dios y, en cierto modo, en el corazón mismo de la inefable Trinidad?... La concepción de Dios, como ser necesariamente perfectísimo, excluye ciertamente de Dios todo dolor derivado de limitaciones o heridas; pero, en las profundidades de Dios, se da un amor de Padre que, ante el pecado del hombre, según el lenguaje bíblico, reacciona hasta el punto de exclamar: "estoy arrepentido de haber hecho al hombre" (Gn 6,7)... A menudo, el Libro Sagrado nos habla de un Padre que siente compasión por el hombre, como compartiendo su dolor. En definitiva, este indescriptible e indecible "dolor" de padre engendrará la admirable economía del amor redentor...».

#### **Un Hijo entregado a la pasión.**

- Revelador del Padre y dador del Espíritu, Cristo sufre pasión por el hombre. Los escribas -de ayer y de hoy- colocaban la obligación religiosa por delante del compromiso social, apoyados en que la obediencia a Dios es primero que todo lo creado. Jesús rechaza esta teoría. Para él, lo primero es el Padre y el hombre al unísono. No hay amor a Dios sin amor al prójimo, ni viceversa. Puede haber -y de hecho hay- ciertos compromisos sociales basados en valores filantrópicos ateos. Se ha podido también criticar a los cristianos porque, a fuerza de mirar al cielo se han olvidado de la tierra. Pero, aparte de que «la Iglesia enseña que la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales» (GS 21), el sentirse hijos del mismo Padre, en «el Hijo», somos impulsados por el Espíritu hacia la construcción de una comunidad universal en la que todos se consideren hermanos (GS 32).



## UN ESPÍRITU DINAMIZADOR

### Releyendo la Palabra

«No os dejaré huérfanos». Id por el mundo, llevad la Buena Noticia. Y no penséis lo que vais a decir, porque el Espíritu hablará por vosotros. Recibiréis la fuerza de lo alto. El os abrirá caminos en el mar y senderos en el páramo. Os hará leer el porvenir.

El tema del testimonio es muy frecuente en los evangelios, pero de una forma particular lo es en san Juan. Juan concibe la historia -y así enfoca su evangelio- como un gran proceso contra Jesús, quien es presentado como Palabra portadora de libertad (cf. Jn 8). Los poderes de este mundo se enfrentan contra él y contra sus discípulos. Y en este drama, el Espíritu aparece como el abogado defensor de los discípulos y el fiscal acusador del mundo. «Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre y que yo os enviaré de junto al Padre, él dará testimonio de mí. Y también vosotros daréis testimonio» (Un 15,26). «Cuando venga él; el Abogado, demostrará a los que son del mundo donde está el pecado» (Un 16,8). Testimonio y persecución van entrelazadas. Los discípulos son enviados con la promesa del Espíritu (Un 15,26). Son perseguidos (16,1). Cristo se marcha al Padre (16,4b). El Espíritu responde a la persecución, como abogado que defiende a los creyentes y como fiscal que acusa al mundo de pecado de incredulidad y de injusticia (16,8). Finalmente, el Espíritu va abriendo a los discípulos horizontes de futuro, como auténtico conductor de la historia.

También en la perspectiva de Lucas, el Espíritu testifica fortaleciendo al cristiano: seréis «revestidos del poder de lo alto» (Lc 24,49); «recibiréis la fuerza del Espíritu y seréis mis testigos» (Lc 1,18). El libro de los Hechos es la experiencia de una comunidad que creía esto. No es que fuera una comunidad perfecta. Eso de que tenían un solo corazón y una sola alma es sin duda una manera idealizada de hablar. Pedro tiene que enfadarse con Safira y Ananías (Hch 5,3) y Pablo lamenta abusos que no ha encontrado ni siquiera entre los paganos (1Co 5,1). Pero, a pesar de sus debilidades, más allá de las flaquezas, se dejará guiar por el Espíritu. Es el Espíritu quien conduce primero a Felipe (Hch 8,29) y después a Pedro (Hch 10,19) a evangelizar a los gentiles. Fue el Espíritu quien hizo que la Iglesia se abriera al mundo enviando a Bernabé y a Pablo a la misión: «Mientras estaban celebrando el culto del Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: «Separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado» (Hch 13,2). Y es una revelación del Espíritu lo que determina a Pablo -en contra de sus previsiones- a «pasar a Macedonia» e introducir así el Evangelio en Europa (Hch 16,6).

### Vaticano II

También el Concilio atribuye al Espíritu Santo el impulso evangelizador: «Caminando, pues, la Iglesia en medio de tentaciones y tribulaciones, se ve confortada por el poder de la gracia de Dios para que no desfallezca, antes, al contrario, persevere como esposa digna de su Señor y, bajo la acción del Espíritu Santo, no cese de renovarse hasta que por la cruz llegue a aquella luz que no conoce ocaso» (LG 9); «A la Iglesia toca hacer presentes y visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado con la continua renovación y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo» (GS 21). «Y (es) el Espíritu, (quien) impulsa a la Iglesia a abrir nuevas vías de acceso al mundo de esta época» (PO 22).

### Juan Pablo II

«El Espíritu Santo no deja de ser el custodio de la esperanza en el corazón del hombre -escribe Juan Pablo II (DV 67)-; la esperanza de todas las criaturas humanas y, especialmente, de aquellas que poseen ya las primicias del Espíritu». Porque, añade, el Espíritu de Dios «llena la tierra» y todo lo creado «a El se dirige y lo espera» y sin El «no puede vivir».

## **CATEQUESIS NOVENA: ORAR AL PADRE POR EL HIJO EN EL ESPÍRITU**

Los cristianos invocan a Dios. Pero, ¿qué contenido tiene esta palabra «Dios»? ¿Es una palabra vacía? ¿Es una expresión abstracta? ¿Es una «esencia»? ¿Es un Primer-Ser, resultado de unas pruebas de la existencia de Dios? Desgraciadamente, para muchos cristianos «Dios» no pasa de ser algo impersonal y neutro. Algo así como si se dijera: «Oh, Hombre». Pero «el hombre» no existe: lo que se da en la historia es Pedro, Antonio, Juan... Con respecto a Dios, la fe nos habla de tres personas. De tres «alguien» concretos y determinados, distintos en su relación, idénticos en su sustancia. No se da una esencia divina separada de los Tres. No es que, por una parte, exista Dios y, por otra, el Padre y el Hijo y el Espíritu. La esencia se realiza subsistentemente en Tres y quien actúa son las Personas. Por esto, no se ora a Dios, sino al Padre, por el Hijo, en el Espíritu.

### **Oramos al Padre.**

-Salvo excepciones, siempre que en el NT se habla de «Dios» se está refiriendo al Padre, a la primera persona trinitaria. A El se dirigía Jesús en su oración, usando el término infantil arameo *abbá*, expresión de su íntima comunicación filial. Es la misma palabra con que luego enseñó a orar a sus discípulos. Llamar «papá» a Dios es introducirse en las intimidades del misterio trinitario. Es superar la visión monoteísta, que conduce a una espiritualidad desvaída y desencarnada. En cierta manera, ser cristiano es aprender a rezar el Padre-nuestro.

### **Por mediación de Jesucristo, el Hijo encarnado.**

Cristo es el mediador, el que se interpone entre el Padre y los creyentes. El «Camino»: «Nadie puede llegar al Padre si no es por mí» (Jn 14,6). La plegaria cristiana va dirigida siempre al Padre por medio de Jesucristo, o «en el nombre del Señor Jesús». La liturgia hace honor a este dato cuando concluye todas las oraciones «por nuestro Señor Jesucristo» u otra fórmula semejante, por mucho que el comienzo resulte excesivamente lejano y rimbombante: «Oh Dios, todopoderoso y eterno...», ¡con lo fácil, sencillo y auténtico, que sería decir tan sólo «Padre», o mejor «papá».

### **A impulsos del Espíritu**

Sólo por el Hijo se puede acceder al Padre. Pero sólo a la luz del Espíritu se puede llegar al Hijo. «Nadie puede decir «Jesús es el Señor» si no es movido por el Espíritu» (1Co 12,3). Sólo los que se dejan conducir por el Espíritu llegan a ser «hijos de Dios», y sólo siendo «hijos en el Hijo» pueden exclamar «Abbá, Padre!» (Rm 8,15). No importa que luego se sea torpe en el hablar o el decir, porque es el mismo Espíritu quien pone palabras en los labios (Mt 10,20) y, aunque no sepamos orar, él intercede por nosotros con palabras inenarrables (Rm 8,20).

Lo primero es pedir al Padre que nos envíe su Espíritu, a fin de que podamos orar como conviene. El Espíritu es quien grita desde el interior (Ga 4,6; Rm 8,27). Para las Odas de Salomón (h.el año 90), el Espíritu Santo es la «dynamis» de la oración, quien obra la «ascensión espiritual»: «Abriré mi boca y su Espíritu hablará por mí» (Oda 16). De tal forma el Espíritu del Señor se une a nuestro espíritu, que el autor de las Odas canta la experiencia nupcial del alma, como más tarde lo hará Juan de la Cruz: «Él me quiere. Yo no hubiera sabido amar al Señor,/ si El no me hubiese amado./ ¿Quién puede comprender el amor,/ a no ser el que es amado?/ Yo quiero al amado y mi alma lo ama... Estoy unido a El porque el amante ha encontrado al amado...» (Oda 3). Encontramos una larga y abundante tradición en esta línea. «El Espíritu se ama a sí mismo en nosotros», dejó escrito Guillermo de Lieja (+1148); pero baste el testimonio de Juan de la Cruz (+1591): «Esta llama de amores el Espíritu de su Esposo, es el Espíritu Santo, al cual siente ya el alma en sí, no solo como fuego que la tiene consumida y transformada en suave amor, sino como fuego que, demás de eso, arde en ella y echa llama... ¡Y aquella llama cada vez que llamea, baña al alma en gloria y la refresca en temple de vida divina. Y ésta es la operación del Espíritu Santo en el alma transformada en amor... hecha un amor con aquella llama».

Ahora bien, ¿cuál es, exactamente, la función del Espíritu en la oración?

Conviene distinguir entre lo que algunos maestros de vida espiritual llaman petición orada y oración suplicante. La «petición orada» expresa mi deseo, mi necesidad, una forma solapada de quererme apropiarse de Dios, de que Dios quiera lo que yo quiero. En cambio, en la «oración suplicante» se está ya en el lado de Dios. Uno se siente identificado con la voluntad divina y sólo desde ahí manifiesta su

necesidad. Hay, pues, verdadera oración, auténtico diálogo, común-uniión de querer. Si en el Huerto de los Olivos Jesús se hubiera quedado en la primera parte -«pase de mí este cáliz»- tendríamos una petición orada, pero tan identificado estaba con el Padre que pudo añadir «no se haga mi voluntad sino la tuya», por lo que se está ante una oración suplicante.

Hasta llegar a esta comunión de amor se pueden distinguir varios momentos: necesidad-deseo-petición. Surge el problema (necesidad). La conciencia de la necesidad se torna deseo de remediarla. El deseo, si se dirige a Alguien al que se considera como Otro y como Superior, que puede ayudarme, pasa a ser petición. Ahora bien, en la medida en que tal reconocimiento se transforma en amor, mi deseo se convierte en su deseo, hasta llegar a querer sólo lo que El quiere, a desear sólo lo que El desea, hasta el punto de que, muchas veces se llega a renunciar a la propia visión del problema.

Ahora es cuando la oración se presenta como acontecimiento del Espíritu. «Efectivamente, la función del Espíritu consiste en hacer que el deseo de Dios en Dios pase a ser el deseo de Dios en nosotros. El Espíritu educa nuestro deseo y lo ajusta al deseo de Dios» (Congar). San Juan de la Cruz escribió: «El alma ama a Dios con voluntad de Dios, que también es voluntad suya; y así le amará tanto como es amada de Dios, pues le ama con voluntad del mismo Dios, en el mismo amor con que El a ella la ama, que es el Espíritu Santo, que es dado al alma según lo dice el Apóstol (Rm 5,5) »3.

«Orad en toda ocasión en el Espíritu» (Ef 6,18); «El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene, mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rm 8,26-27); «El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios» (1Co 2,11-12); «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu que nos ha sido dado» (Rm 5,5); «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y os envió a su Hijo... En esto conocemos que permanecemos en El y El en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo» (1Jn 4, 10-14; cf. Is 40, 12-14; 55,8-9; Job, 4,3ss).

«¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos! En efecto, ¿quién conoció el pensamiento del Señor? O ¿quién fue su consejero? O ¿quién le dio primero, que tenga derecho a recompensa? Porque de El, por El y para El son todas las cosas. ¡A El la Gloria por los siglos! Amén» (Rm 11,33-35)

## CATEQUESIS DÉCIMA :EL ESPÍRITU, ILUMINADOR DEL FUTURO

Nada fáciles los tiempos que nos corresponde vivir. La teología, la pastoral, la Iglesia toda se encuentra como «en tierra extranjera». Desafío o reto es una amenaza que nos viene de fuera y que se presagia cercana. Un peligro que se opone a nuestros ideales y que ofrece resistencia. Una fuerza enemiga que provoca a singular combate y reclama una vigilancia extrema.

El futuro del cristianismo está condicionado, en este sentido, por múltiples desafíos que llegan de tres frentes distintos: Mundo secularizado; Iglesia en crisis; Resurgimiento de lo religioso.

### MUNDO SECULARIZADO

Evangelizar un mundo «secularizado» es mucho más dramático que evangelizar el mundo pagano. Los Apóstoles pudieron llevar una buena noticia. Hoy somos portadores de una noticia «adulterada». Hablar del Evangelio liberándolo de las mil adherencias histórico-culturales que a través de veinte siglos lo han ido desdibujando, no es cosa fácil. ¿Cómo vivir hoy lo fundamental evangélico? ¿Cómo purificarlo de connotaciones medievales o decimonónicas? ¿Cómo hablar de Dios hoy? Mucho más si se tiene en cuenta que la historia corre a velocidades astronómicas y que las circunstancias que envuelven a los humanos son radicalmente diferentes a las de hace un siglo.

Ninguna otra crisis de crecimiento ha tenido importancia semejante desde el fin del Neolítico. Si la evolución ha sido siempre un fenómeno connatural a la humanidad, el ritmo de hoy es sobrecogedor. Tantos cambios, y tan rápidos, apenas si son asimilables por nuestros cerebros que sufren una presión agobiante. Los nuevos conocimientos y las modernas técnicas -desde la informática hasta la biogenética, pasando por cualquier campo- no sólo han modificado en profundidad las bases de la convivencia social, sino que han alterado incluso la psicología de la persona. Se está dando un salto cualitativo.

### IGLESIA EN CRISIS

Decir que la Iglesia está en crisis no debe asustar a nadie, pues que no todas las crisis son malas. El diccionario las define como momentos decisivos o difíciles en un asunto grave. Pueden desembocar en la muerte o pueden acrecentar la vida. Nosotros tenemos la confianza, fundada en la palabra de Cristo, de que la Iglesia no va a perecer -«las puertas del infierno no podrán contra ella» (Mt 16,18)- lo que no impide que pueda estar en peligro de naufragio, situación de la que podemos ser en parte responsables si somos más dados a sestear que a faenar. Lo que no podemos hacer es escudar nuestra inercia en la promesa del Señor.

En la actualidad coexisten al menos dos formas de sentirse iglesia. Hay un sector que no ha digerido el talante conciliar, por mucho que use frases suyas, y se va atrincherando cada vez más en posiciones arcaicas. Hay otro sector que, pese a todos los pesares, lucha por mantenerse fiel al mensaje del Concilio y siente hasta dolores de parto al querer dar a luz un futuro de todos y para todos.

### RESURGIMIENTO DE LO RELIGIOSO

Hoy se está asistiendo a un momento histórico lleno de paradojas. Por un lado, una gran masa alejada de Dios, cómoda en su pseudoateísmo, despreocupada en su indiferencia. Por otro, una búsqueda desesperada para dar sentido a la vida ha originado variados planteamientos religiosos. Fuera de la Iglesia, nos encontramos con un enorme abanico de ofertas que van desde las sectas destructivas y satánicas hasta el Movimiento de la Nueva Era. Dentro de la misma iglesia, pululan una serie de fundamentalismos que, a veces, cojean desde el punto de vista dogmático, eclesial, pastoral y hasta evangélico. Es la pretensión de reintegrar Iglesia y sociedad a un paradigma medieval a través de una «re-evangelización» igual a «re-catolización» que, además de no atender a los signos de los tiempos, margina valores evangélicos, enfatizando en cambio tradiciones de siglos posteriores.

## «OS CONDUCEMOS HACIA EL PORVENIR»

Ante estas realidades, muchos adoptan la actitud del escandalizado, con un manido: «¿a dónde vamos a parar?». Gran parte de los que pueden hacer algo retiran de sí toda responsabilidad como si la empresa fuera tarea exclusiva de románticos. Otros reaccionan con normas y prohibiciones. Pero hay también quienes adoptan actitudes proféticas. Profeta es quien descubre en el fondo de los acontecimientos el plan salvador de Dios y, por ello, tiene la audacia de elaborar un proyecto de futuro. Es como el centinela de la comunidad que, desde la vanguardia, ilumina el camino a seguir. Toda crisis social supone un cataclismo y, como tal, sus efectos se manifiestan en la superficie, pero sus causas están en el epicentro. Al «profeta» corresponde profundizar hasta descubrir las causas y atender, al mismo tiempo, el soplo que viene del Espíritu proyectado hacia la plenitud por la que suspira la creación entera.

Porque el Espíritu sigue conduciendo la historia. Su impulso es callado, silencioso, desconcertante... Vemos movimientos -ajenos incluso a la Iglesia- que, promueven valores fundamentalmente evangélicos. El florecimiento de muchos «voluntarios» en tantas ONGs, no siempre confesionales; ciertos movimientos ecologistas o pacifistas; la tolerancia, la solidaridad... La Iglesia creó los hospitales, abrió las primeras Universidades... pero hoy la sanidad y la docencia es patrimonio de todos... El que después de tantas centurias la Naciones Unidas declarasen los derechos humanos, los del niño o los de la mujer... ¿significa una pérdida para el cristianismo, o mejor un triunfo?. ¿No se deberá al Espíritu que sigue dinamizando el corazón del hombre?. «Haré andar a los ciegos por el camino ... Trocaré delante de ellos la tiniebla en luz... (Is 42,16). Trazaré caminos en el mar y veredas en aguas impetuosas... (Is 43, 16-19). De las espadas forjarán arados; de las lanzas, podaderas. No alzaré la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra» (Is 2,4-5).

Los hijos de la esperanza son utópicos. La existencia humana y la doctrina de Cristo parece que llevan rutas paralelas y distantes, pero el cristiano está ahí, en medio, a horcajadas entre el proyecto de Dios, que le parece maravilloso, y la realidad cotidiana que le resulta cada vez más adversa. Es el «sí», pero todavía «no». Ha recibido las arras del Espíritu, como un injerto pletórico de savia nueva; como una prenda; pero gime y llora, sometido a la vanidad del tiempo. En la prueba, permanece fiel, como testigo lúcido de un mañana lleno de sol. A tientas, en la oscuridad de la noche, va percibiendo el paso de Dios, como el susurro de una brisa suave (1Re 19,12)... y permanece vigilante, poniendo la esperanza a trabajar, adelantándose a la aurora. Y avanza hacia lo desconocido, construyendo el futuro, consciente de que Alguien le está conduciendo de la mano: «No os dejaré huérfanos» Un 14,18)... «Estaré con vosotros hasta el fin del mundo» (Jn 14,16)... «El Espíritu os conducirá hasta el porvenir» (Jn 16,13).

## VIVIR SEGÚN EL ESPÍRITU

Vivir al aire de Jesús, dejarse conducir del Espíritu, supone una lucha constante y una opción clara entre dos formas de existencia. Se puede andar «según la carne» (a modo humano) y se puede andar «según el Espíritu» (modo divino) (1Co 2,14-15). Hay que estar continuamente decidiéndose. Mantener vivo el esfuerzo de vivir conforme a esta decisión. Una decisión que durará hasta la muerte: «Todos los que pertenecen a Cristo han crucificado la carne y, en consecuencia, sus pasiones y sus deseos. Si vivimos por el Espíritu, sigamos al Espíritu» (Ga 5,24). Nos estamos «haciendo» -«sí, pero todavía no»- tenemos las «arras», pero no se ha manifestado en plenitud lo que llegaremos a ser (Rm 8,23; 1Jn 3). Tener la certeza de que el Padre nos ama (Ef 1,3) gimiendo al mismo tiempo hasta con dolores de parto ansiando su plena manifestación (Rm 2,22). Una tensión, a veces agotadora, que merece la pena vivir porque «aunque el hombre exterior se desmorone, el interior se renueva de día en día» (2 Co 4,16).

Abrirse a la acción del Espíritu. Captar sus ondas. Hacer silencio. Dejar que El actúe, no cerrar las ventanas, abrirlas de par en par y que el Aire penetre fuerte.

## **CATEQUESIS UNDÉCIMA: PRESENCIA DEL ESPÍRITU EN LA PERSONA**

Esta catequesis está inspirada en las enseñanzas de Tomás de Aquino y de los grandes místicos. Aquí seguimos de forma particular a san Juan de la Cruz, con el uso de las siguientes siglas: CE = Cántico Espiritual, SMC = Subida del Monte Carmelo; NO = Noche Oscura; LL = Llama de amor viva.

1. San Juan distingue tres formas de hacerse presente Dios:

a) A la primera le llama esencial. Dios está en todo y en todos. No hay nadie tan malo que no tenga algo de divino. Entender esto es ya un alivio para quienes emprenden el camino hacia Dios.

b) A la segunda le llama por gracia y nos es dada a partir del Bautismo. Por esta «gracia» comienza el hombre a sentir la obra de Dios en su alma. Con todo es una presencia imperfecta, porque el hombre anda envuelto en miserias (e incluso la puede perder por el pecado) y hará falta tiempo y esfuerzo para adelantar en perfección.

c) A la tercera, le llama por afición espiritual y es la que nosotros llamaríamos mística o de inhabitación. Se trata ya de un avance donde el creyente llega a «endiosarse», a «deificarse», a ser «superhombre». De esta hablamos a continuación, no sin antes observar: que esta presencia «no se hace sino muy poco a poco. porque se hace al paso del alma y ahí va poco a poco», y que nunca llega a mostrarse Dios plenamente tal como es «porque no lo sufre la condición de esta vida».

2. En el lento proceso («poco a poco») de hacerse presente Dios en el creyente, se pueden distinguir dos etapas: una, que san Juan llama de «integración moral»; otra, la definitiva, el «matrimonio espiritual».

3. En la etapa de integración moral interesa principalmente el esfuerzo humano. Lo importante es abrirse al Espíritu para ir captando sus ondas y ser capaces de ir penetrando en las profundidades de Dios (cf. 1Co 2; Rm 8,12-15). Ello supone un trabajo, una ascesis:

a) al entendimiento le corresponde hacer actos de FE: ir acallando su afán de comprenderlo e irse abriendo al misterio. Creer es caminar a oscuras con la plena confianza de que Alguien nos conduce .

b) a la memoria le corresponde hacer actos de ESPERANZA. Se trata de ir olvidando cualquier otro recuerdo que no conduzca a Dios. Esperar es desear lo que no se posee; por eso, cuanto más desprendido se está, más capacidad se tiene para la espera.

c) a la voluntad le corresponde el AMOR, el intento de no emplear sus facultades para nada fuera de Dios: «porque cuanto más caridad tiene, tanto más la alumbrada y comunica los dones el Espíritu Santo» .

4. Y así, poco a poco, -«habiendo precedido mucho ejercicio espiritual»- se llega a una etapa de perfección, que consiste en una auténtica «deificación», es la etapa del matrimonio espiritual.

4.1. El alma empieza por descubrirse amada por Dios-divinamente amada-lo cual provoca en ella un vivo deseo de corresponder con amor al Amor y es Dios mismo quien, a través del Espíritu Santo, le va enseñando cómo amarle.

«El fin por qué el alma deseaba entrar en aquellas cavernas era por llegar a la consumación de amor de Dios, que ella siempre había pretendido; que es venir a amar a Dios con la pureza y perfección que ella es amada de El, para pagarle en esto la vez... Y así ama el alma a Dios con voluntad y fuerza del mismo Dios, unida con la misma fuerza de amor con que es amada de Dios; la cual fuerza es en el Espíritu Santo, en el cual está el alma allí transformada... ..Por cuanto El allí le da su amor, en el mismo le muestra a amarle como de él es amada; porque además de enseñar Dios allí a amar al alma pura y libremente sin interese, transformándola en su amor, como habemos dicho, en lo cual le da su misma fuerza con que pueda amarle, que es como ponerle el instrumento en las manos y decirle cómo lo ha de hacer, haciéndolo juntamente con ella, lo cual es mostrarle a amar y darle la habilidad para ello»

4.2. Se llega así a una total transformación en el Amado. Dios y hombre se entregan mutuamente, llegando a una consumación de unión de amor: «Es una transformación total en el Amado, en que se entregan ambas partes por total posesión de la una a la otra, con cierta consumación de unión de amor, en que está el alma hecha divina y Dios por participación, cuanto se puede en esta vida...

...Así como en la consumación del matrimonio carnal son dos en una carne (como dice la divina Escritura: Gn 2,24), así también, consumado este matrimonio espiritual entre Dios y el alma, son dos naturalezas en un espíritu y amor, según dice san Pablo, trayendo esta misma comparación, diciendo:

«El que se junta al Señor, un espíritu se hace con él» (1Co 6,17); bien así como cuando la luz de la estrella o de la candela se junta y une con la del sol, que ya el que luce ni es la estrella ni la candela, sino el sol, teniendo en sí difundidas las otras luces».

3. Es éste el más alto estado de perfección a que se puede llegar en esta vida; tanto que viene a realizarse lo que dice Pablo: «Vivo yo, mas no yo, sino Cristo en mí» (Ga 2,20):

«Cuando hay unión de amor, es verdad decir que el Amado vive en el amante y el amante en el Amado; y tal manera de semejanza hace el amor en la transformación de los amados, que se puede decir que cada uno es el otro y que entrambos son uno. La razón es porque en la unión y transformación de amor, el uno da posesión de sí al otro; y cada uno se deja y trueca por el otro; y así cada uno vive en el otro, y el uno es el otro y entrambos son uno por transformación de amor. Esto es lo que quiso dar a entender san Pablo cuando dijo: "Vivo yo, ya no yo... "» (LL 10).

4. Este amor introduce al alma dentro del misterio trinitario y la pone en contacto con las tres divinas personas, pues el mismo Espíritu -amor mutuo entre el Padre y el Hijo- es el Amor que nos une a nosotros con ellos:

«Este "aspirar el aire" es una habilidad que el alma dice que le dará Dios allí, en la comunicación del Espíritu Santo; el cual, a manera de «aspirar», con aquella su aspiración divina muy subidamente levanta el alma y la informa y habilita para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo, y el Hijo en el Padre, que es el mismo Espíritu Santo que a ella le aspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación, para unirla consigo. Porque no sería verdadera y total transformación si no se transformase el alma en las Tres Personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado».

5. De esta forma, por la actuación del Espíritu Santo, el alma queda «endiosada», deificada. «Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta, que el alma aspire en Dios como Dios aspira en ella por modo participado. Porque dado que Dios le haga merced de unirla en la Santísima Trinidad en que el alma se hace deiforme y Dios por participación, ¿qué increíble cosa es que obre ella también su obra de entendimiento, noticia y amor, o, por mejor decir, la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella como la misma Trinidad?. Pero por modo comunicado y participado, obrándolo Dios en la misma alma; porque esto es estar transformada en las tres Personas en potencia y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma a Dios, y para que pudiese venir a esto la crió a su imagen y semejanza»)

«Esta «llama de amor» es el Espíritu de su Esposo, que es el Espíritu Santo, al cual siente ya el alma en sí, no solo como fuego que la tiene consumida y transformada en suave amor, sino como fuego que, demás de eso, arde en ella y echa llama, como dije; y aquella llama, cada vez que llamea, baña al alma en gloria y la refresca en temple de vida divina. Y ésta es la operación del Espíritu Santo en el alma transformada en amor, que los actos a que hace interiores es llamear, que son inflamaciones de amor, en que unidas la voluntad del alma, ama subidísimamente, hecha un amor con aquella llama» (LL I,v.1).

## **CATEQUESIS DUODÉCIMA: DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS**

### **NECESIDAD DE DISCERNIMIENTO**

Decimos «hay que dejarse guiar del Espíritu», pero ¿cómo saber que verdaderamente nos guiamos por el Espíritu y no por los criterios del mundo? Siempre han habido individuos y movimientos que se han atribuido falsamente ser movidos por el Espíritu. ¿Qué pensar?

1. Además de san Pablo, me inspiro fundamentalmente en dos libritos primitivos. Uno, la Didaché, o «Doctrina de los Doce Apóstoles», que refleja la iglesia de Antioquía a finales del siglo I [Uso la edición de «Textos cristianos primitivos», Sígueme, Salamanca, 1991; Sigla: DIDI. Otro, El Pastor de Hermas, que refleja la iglesia de Roma a mediados del siglo II. [Edición de Ruiz Bueno, «Padres Apostólicos», BAC, 1950; Sigla: HERM.

Ya Pablo afirmaba la necesidad de comprobar la autenticidad de los carismas: «No apaguéis el Espíritu; no despreciéis las profecías; examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (1Ts 5,19-20). Y en la Iglesia de Antioquía, de fines del siglo primero, donde los «carismáticos» eran rodeados de una veneración extraordinaria, aconsejaba que no a todo el que se presente como profeta se le acatara sin más» (DID XI;S). También el Pastor de Hermas insiste en la necesidad de «examinar al verdadero y al falso profeta» (HERM, Comp.17,n.17).

### **DIFICULTAD DEL DISCERNIMIENTO**

«Discernir», etimológicamente, significa «entresacar». Algo así como cerner (en un cedazo), cribar, separar el trigo bueno. La cuestión es, pues, «seleccionar el Espíritu bueno de los malos espíritus». El discernimiento de espíritus es un don particular que san Pablo coloca en la lista de los carismas (1Co 12,10), pero no es fácil en la Iglesia encontrar buenos asesores. Confesar, absolver... pase; pero ¿orientar, iluminar, guiar...? En cualquier caso es evidente que hay, en el corazón del hombre actual, una profunda necesidad de luz, de ver claro, de acertar el camino a seguir.

En realidad, la dificultad es doble: ¿Me dejo yo conducir del Espíritu? ¿Sé discernir cuándo el otro se deja conducir del Espíritu?

### **CRITERIOS PARA EL DISCERNIMIENTO**

#### **1. Enseñar lo que enseñó el Maestro**

San Pablo escribe: Nadie, hablando por influjo del Espíritu de Dios puede decir «Anatema es Jesús» y nadie puede decir «Jesús es Señor» sino por influjo del Espíritu Santo» (1Co 12,3). San Juan añade: «Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios, es del Anticristo» (1Jn 4,1).

En la «Didaché» se lee: «Mas, si extraviado el maestro mismo, os enseñare otra doctrina para vuestra disolución, no le escuchéis; si os enseña, en cambio, para acrecentamiento de vuestra justicia y conocimiento del Señor, recibidle como al Señor mismo»

Ello nos lleva a una doble reflexión:

a) La necesidad que tiene todo cristiano mucho más el catequista- de formarse en el conocimiento de la Palabra de Dios. La cultura moderna se caracteriza por una gran movilidad. Continuamente surgen nuevos interrogantes, se abren nuevas perspectivas, se vislumbran nuevas formas de entender el mundo... Todo ello supone un «reto» a nuestra misión evangelizadora. ¿Cómo respondemos? Nuestra evangelización supone imperiosamente el estudio: conocer las nuevas situaciones y las necesidades que hay que salvar. Cuántas veces la «predicación» de los actuales dirigentes es abstracta (sin responder a los interrogantes reales y concretos de la gente); arcaica (con una visión de la vida anclada en el siglo pasado); superficial (sin un estudio serio y profundo del Evangelio); herética (por no enseñar lo que enseñó el Maestro).

b) Saber distinguir entre lo esencial evangélico y lo accidental añadido. Hay que separar lo que llega en línea directa de Jesús de Nazaret, como experiencia original e impulso profético, y lo que es institucionalización, inercia histórica, hábitos culturales heredados sociológicamente. La fidelidad a Cristo no equivale a continuar diciendo y haciendo las mismas cosas de siempre. Se puede repetir las mismas



frases y estar deformando el Mensaje. El recordar (Ver Catequesis segunda) supone, por una parte, fidelidad a lo permanente de la Palabra; por otra, creatividad y apertura al presente.

## 2. Cumplir lo que enseña

«Por sus frutos los conoceréis», dijo el Maestro. Y Pablo remarca bien cuáles son los frutos del Espíritu: «El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza... » (Ga 5,22).

En la «Didaché» se lee: «No todo el que habla en espíritu es profeta, sino el que tiene las costumbres del Señor. Así, pues, por sus costumbres se discernirá al verdadero y al falso profeta» (X1,8:RB 89).- «Todo profeta que enseña la verdad, si no practica lo que enseña, es un falso profeta». Y en el «Pastor de Hermas»: «Al hombre que afirma tener el Espíritu divino, examínale por su vida. Ante todo, el hombre que tiene el Espíritu divino, el que viene de arriba, es manso, tranquilo y humilde; vive alejado de toda malicia y de todo deseo vano de este siglo; se hace a sí mismo pobre... ; no habla a sombra de tejado; ni cuando él quiere habla el Espíritu Santo, sino entonces habla cuando quiere Dios que hable...

Reflexión:

Se impone, pues, el examen de conciencia y ver si, en verdad, los «frutos» que damos son los indicados. Por cierto que, uno de los que el Pastor subraya insistentemente es la «alegría». «El Espíritu de Dios -dice- no soporta la tristeza». Quizás el pecado mayor del creyente de hoy sea la desesperanza, el pensar que Dios nos ha abandonado, el no creer que el Espíritu Santo está conduciendo la historia. Es el pecado contra el Espíritu Santo, que no se perdona (Mt 12,32).

## 3. No aprovecharse de los demás...

...que equivale a decir: amar al prójimo tanto como a uno mismo. Escribe Pablo: «El fruto del Espíritu es amor» (Ga 5,23).- «Aspirad a los carismas superiores. Y aún os voy a mostrar un camino más excelente: Aunque hablara las lenguas de los hombres... si no tengo amor no soy nada» (1Co 1,31s). Es lo mismo de Juan: «Quien no ama a su hermano vive en tinieblas» (1Jn 1,7) y «no conoce a Dios» (1 Jn 4, 7-8).

Reflexión:

### a) afán de dinero

La «Didaché» dejó escrito: «Si pide dinero, es un falso profeta» (X1,6). «Mas el que dijere en espíritu «dame dinero» o cosas semejantes, no le escuchéis. En cambio, si dijere que se dé a otros necesitados, nadie le juzgue» (XI 11). Pero, ¿no es verdad que con dinero se mueven muchas cosas en el mundo e, incluso, dentro de la Iglesia? ¿Y no es cierto que, con frecuencia, los «evangelizadores» piensan más en el dinero que en el bien de la gente? ¿Y que la inmensa mayoría de los creyentes se dejan llevar muchos más por el afán de tener que por el compartir?

### b) afán de singularidad

«A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1Co 12,7). Pablo prefiere el don de profecía porque es útil a los demás (1Co 14,2-25); da normas prácticas para un «buen orden en la comunidad» (Ib 26-38). San Ireneo explicaba que el Espíritu se da en comunidad, en Iglesia y quienes lo buscan separadamente «se construyen cisternas agrietadas (Jr 2,13) y acaban por beber el agua maloliente del fango» (Ver Catequesis cuarta).

Basta que alguien se considere poseedor del Espíritu para que quede descartado. En el discernimiento de si es o no el Espíritu lo que impulsa, tendrá un papel decisivo la comunidad, con la Jerarquía a la cabeza, por supuesto. A la Jerarquía compete probarlo todo y quedarse con lo bueno. Pero... la jerarquía no puede olvidar que el Espíritu habla también en el pueblo, en la masa. No puede ser ni el miedo, ni el afán de poder, sino la actitud de servicio su criterio de discernimiento.

### c) afán de poder

Porque quienes en la Iglesia ejercen cualquier cargo de responsabilidad tienen ciertamente una «autoridad», pero... no como la de los «príncipes de ese mundo». El Nuevo Testamento modifica radicalmente los esquemas habituales, poniendo siempre el ejemplo de Cristo, el Siervo, para concluir diciendo: «Vosotros me llamáis «el Maestro» y «el Señor», y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies irnos a otros. Os

he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (Jn 13,15). «El mayor entre vosotros sea vuestro servidor» (Mt 23, 11). «No hagáis como los reyes de este mundo» (Mt. 20,25-27).

Reflexión:

Conviene, pues, examinarse: ¿Cuál o cuáles son nuestras verdaderas preocupaciones prioritarias?; ¿Hacia dónde se orientan principalmente nuestros esfuerzos?; ¿No es cierto que muchas veces nos preocupamos más de «conservar» las «ovejas» que tenemos que de «buscar» las ovejas extraviadas?; ¿No es verdad que más que un afán evangelizador nos mueve la ambición de los «primeros puestos»?; ¿Cuántas veces somos causa de que la gente se aleje de la Iglesia por nuestras actitudes de intolerancia o, simplemente, por pensar que el templo es nuestra casa y no la suya?; ¿Y no es verdad que la pereza, la comodidad, el aburguesamiento, frena nuestros impulsos evangelizadores y aún nos justificamos diciendo que «ya hacemos bastante»?; ¿Nos preocupan los «otros?», o la propia «institución»?; ¿Acaso no nos aferramos de tal forma a las «normas» que llegamos a «apagar la mecha humeante»?

## ¿CONOCES AL ESPÍRITU SANTO? (Tomás Spidlik S.J.)

### RELATO DE LA VIDA DE UN SANTO

Serafín de Sarov (1759-1833) es uno de los más populares santos rusos. Su vida como monje estilita y finalmente starets (padre espiritual) está llena de acontecimientos interesantes y de visiones. En su vida se narran también sus milagros. Entre los primeros está la curación de un grave reumatismo a un tal Nicola Motovilov, que más tarde escribió sus recuerdos, entre los que está el que sigue (un poco abreviado).

«Era un jueves. Un día bastante sombrío. La capa de nieve era bastante alta y estaba cubierta de escarcha helada y mezclada con nieve. El Padre Serafín comenzó a conversar conmigo en la pradera cercana a dos ermitas. «Dios me ha revelado -dijo- que en tu juventud deseabas saber cuál es la finalidad de nuestra vida cristiana y que lo has preguntado muchas veces a personas importantes y expertas en temas espirituales. Pero ninguno te ha dado una respuesta precisa. Te han dicho: «Ve a la Iglesia, ora a Dios, respeta los mandamientos de Dios, haz el bien. Esta es la finalidad de la vida cristiana para ti». No te hablaban como se debe. Ahora yo, pobre Serafín, te expondré claramente cuál es la finalidad de la vida cristiana».

«La oración, el ayuno, la vigilia y todas las demás obras del cristiano, por grandes que sean en sí mismas, no son la finalidad de la vida cristiana, aunque sean medios indispensables para alcanzarla. La verdadera finalidad de la vida cristiana consiste en adquirir el Espíritu Santo». «¿Qué adquisición? - le pregunté al Padre Serafín. No lo entiendo bien». «Tú entiendes lo que quiere decir ganar dinero. Pues bien, es exactamente lo mismo para la adquisición del Espíritu divino. La mercancía son las acciones virtuosas llevadas a cabo por Cristo; ellas nos consiguen la gracia del Espíritu Santo, sin la cual nadie se salva ni puede salvarse. Pero nos la da sobre todo la oración. La fuerza de la oración es grande. A través de ella se nos admite a hablar con nuestro Salvador y Señor».

«Padre -le dije- usted no para de hablarme de la adquisición del Espíritu Santo, y me dice que ésta es la finalidad de la vida cristiana. Pero, ¿cómo puedo verlo? Las buenas obras son visibles, pero, ¿cómo se puede ver al Espíritu Santo? ¿Cómo sabré si está en mí o no? ».

«Amigo de Dios, es sencillísimo», respondió. Y, cogiéndome estrechamente por los hombros, añadió: «Ahora estamos ambos dentro del Espíritu divino. ¿Por qué no miras hacia mí?». Respondí: «No puedo miraros, Padre, porque los rayos salen de vuestros ojos, vuestro rostro se ha hecho más resplandeciente que el sol». Y Serafín dijo: «No temas, amigo de Dios, en este momento resplandeces como yo. Ahora estás en la plenitud del Espíritu Santo divino, si no te sería imposible ver a nadie en este estado. Es la gracia divina que se ha dignado confortar tu corazón arrepenido, como una madre, por intercesión de la misma Virgen Santa».

«Mírame sin temor, ¡Dios está con nosotros! ¿Qué sientes ahora?», me preguntó el Padre Serafín. «Tengo una sensación infinitamente benéfica », respondí. «¿Cómo, benéfica? ¿Qué sientes exactamente?». Respondí: «Siento tal calma, tal paz en mi alma, que no puedo expresarlo con palabras». «Esta es la paz de la que el Señor ha dicho a sus discípulos: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo os la doy, no como la da el mundo" (Jn 14,27)».

«Y ahora, ¿qué sientes?», preguntó el starets. «Una dulzura insólita» respondí. «¿Y qué más?» «Una alegría inefable en el corazón». «Esta alegría -dijo el padre- es aquella de la que habla el Señor en el evangelio y es la que siente una mujer cuando trae un niño al mundo» Un 16,21). El ojo no ha visto ni el oído ha oído las cosas que Dios ha preparado a los que lo aman (1 Co 2,9).

«Y ahora, ¿qué sientes, predilecto de Dios?». Respondí: «Una extraordinaria sensación de calor». «¿Cómo, calor! ¡Si estamos sentados en el bosque! Estamos en invierno, tenemos nieve bajo los pies, también sobre nosotros hay un poco de nieve y del cielo cae aguanieve. ¿De qué calor se trata?». «Es un calor como el que se siente en un baño bien caliente». «¿Y el olor se parece al de un baño?». «No -dije-, en la tierra no he sentido jamás semejante olor».

Entonces el Padre, sonriéndome afectuosamente, me dijo: «Querido pequeño padre, sé todo lo que me cuentas y te pregunto queriendo, para saber si verdaderamente sientes todo esto. El reino de Dios ha descendido entre los hombres, y en ello no hay nada de extraño; debe ser así, porque la gracia de Dios habita en nosotros, en nuestros corazones. ¿No lo ha dicho acaso el Señor? El reino de Dios está en vosotros (Lc 17,21)».

«Ahora, imagino que ya no preguntarás cómo se encuentran los hombres en la gracia del Espíritu Santo. ¿Te acordarás de esta manifestación de la inmensa gracia de Dios, que nos ha visitado hoy?». «No lo sé, Padre. No sé si Dios me concederá siempre el don de recordar y sentir esta gracia divina como la siento ahora», respondí. «Por mi parte, creo que el Señor te ayudará a conservar siempre la memoria, ya que si no su gracia no se habría plegado inmediatamente ante mi humilde oración, más aún dado que

esto no se te ha concedido a ti sólo, sino a través de ti a todo el mundo, para que pueda servir también para bien de los demás».

## **UN SOLO ESPÍRITU CON EL SEÑOR**

### **LA TORRE DE BABEL Y LA ESCALERA DE JACOB**

El relato bíblico de la torre de Babel es muy conocido. Pero, debemos admitirlo, ha perdido su profundo significado teológico con una interpretación ingenua. No se debe leer como clarificación del origen filológico de las distintas lenguas. Más bien, aquí se explica la causa de la incompreensión mutua entre los hombres (en términos hebreos:- no consiguen hablar la misma lengua).

Los diez primeros capítulos del Génesis relatan lo que se puede llamar la "prehistoria" de toda la humanidad. En el capítulo 12 comienza la historia del pueblo de Israel, un período relativamente breve, aproximadamente dos mil años antes de Cristo. El relato de la torre de Babel cierra la prehistoria poniendo de relieve el pensamiento que inspiraba desde tiempos inmemoriales, inspira hoy e inspirará también en el futuro, los esfuerzos del género humano a través de los siglos: reunir a todos los pueblos en un solo reino (en lenguaje hebreo: para que hablen una sola lengua). Para esto se necesita una ideología única: su expresión es una torre-templo cuya cima toque el cielo. Es decir, se le atribuye un valor absoluto al que todos deben someterse incluso en el pensamiento. ¡Cuántos esfuerzos como éste hemos visto a lo largo de la historia, incluso en tiempos recientes! Pero el resultado es siempre el mismo: una división y trágica confusión, la guerra de unos contra otros.

Con la historia del pueblo elegido comienza a realizarse una idea opuesta. Los hijos de Abraham, estirpe sencilla de beduinos, no alimentan la idea de fundar un reino de todos los hombres unidos. Pero Dios mismo los ha elegido para alcanzar este fin con su descenso progresivo a la tierra. En el capítulo 28 del Génesis hay un relato contrario al de la torre de Babel. Jacob, beduino pobre, huye de su hermano y duerme con una piedra bajo la cabeza a modo de almohada. Tuvo un sueño. Una escalera se apoyaba sobre la tierra, mientras que su cima alcanzaba el cielo; y los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. El Señor estaba delante y dijo. «Yo soy el Señor, el Dios de Abraham tu padre y el Dios de Isaac. La tierra sobre la que duermes te la daré a ti y a tu descendencia. Tu descendencia será como el polvo de la tierra y se extenderá de oriente a occidente, de las tierras septentrionales a las meridionales. Y todas las naciones de la tierra te bendecirán a ti y a tu descendencia» (vv. 12-14).

Lo que los hombres querían alcanzar con su esfuerzo, se realizará con la fuerza de Dios que descenderá sobre la tierra. En términos teológicos: la revelación bíblica es la religión de la gracia, de la misericordia divina que viene del cielo.

### **TRES BAJADAS DE DIOS**

Toda la historia bíblica se caracteriza por esto: Dios visita a su pueblo, lo sostiene, fija su morada entre sus elegidos. De esta larga historia de salvación hemos elegido los tres episodios fundamentales.

El segundo libro de Crónicas narra la consagración del templo de Dios construido por Salomón en Jerusalén. En cuanto Salomón terminó de rezar, cayó del cielo el fuego, que consumió el holocausto y otras víctimas, mientras la gloria del Señor llenaba el templo. Los sacerdotes no podían entrar en el templo, porque lo llenaba la gloria del Señor (17,1-2). A continuación el Señor se apareció por la noche a Salomón y le dijo: "He escuchado tu oración; he elegido este lugar como casa de sacrificio... Ahora mis ojos están abiertos y mis oídos atentos a la oración hecha en este lugar. He elegido y santificado este templo para que mi presencia esté siempre con vosotros; y ahí estarán siempre mis ojos y mi corazón" (vv. 12-16). El templo de Jerusalén se convirtió desde ese momento en lugar privilegiado de la presencia divina en la tierra, lugar santo de oración.

Pasan los siglos. Lo que ocurrió en la plenitud de los tiempos nos lo refiere el evangelista Lucas. En el sexto mes, el ángel Gabriel fue mandado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen, esposa prometida de un hombre de la casa de David, llamado José. La virgen se llamaba María. Apareciéndosele, le dijo: «Alégrate, María, llena de gracia, el Señor es contigo». Ella quedó turbada ante estas palabras y se preguntaba cuál era el sentido de un saludo así. El ángel le dijo: «No temas, María, has encontrado gracia ante Dios. Concebirás un hijo, lo darás a luz y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y lo llamarán hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará para siempre en la casa de Jacob. Su reino no tendrá fin». Entonces María dijo al ángel: «¿Cómo es posible si no conozco varón?». El ángel respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y te cubrirá con su sombra. El que nacerá será santo y lo llamarán Hijo de Dios» (Lc 1,26-35). El nexo entre el relato anterior y la anunciación a María es fácil de ver. Jesús es ahora el templo verdadero, la morada de Dios entre los hombres.

El tercer episodio, correspondiente al primero, lo leemos en los Hechos de los Apóstoles (2,1 ss): Cuando el día de Pentecostés estaba a punto de acabar, se encontraban todos en el mismo lugar. Llegó un estruendo del cielo, como viento que se abatía sobre ellos, y llenó toda la casa. Se les aparecieron lenguas de fuego que se dividían y se posaban sobre cada uno de ellos; se llenaron todos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, cada uno en la lengua en que el Espíritu les daba la capacidad de expresarse. La torre de Babel había llevado a la incomprensión mutua. Ahora el Espíritu da la comprensión de todos. El mismo Espíritu que descendió sobre María fija ahora su morada en el corazón de los creyentes, a los que Pablo escribe: ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros? Si alguien destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo (1 Co 3,16-17).

## EL ESPÍRITU SANTO HACE AL HOMBRE "ESPIRITUAL"

Dios desciende a nuestra vida por medio de su Espíritu, como escribe san Pablo: porque el amor de Dios - ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rm 5,5). El hombre se puede por tanto considerar "espiritual" en el verdadero sentido cristiano, y en este contexto el término tiene un significado especial, diferente de otros más débiles.

Los pueblos primitivos imaginaban fácilmente el espíritu como algo más o menos material, unido a la respiración. Por el contrario, la filosofía griega llegó a la conclusión de que el espíritu, o alma, es inmaterial. Y definían como "espiritual" toda actividad del alma: pensar, escribir poesía, estudiar, etc.

Esta forma de hablar está muy extendida en nuestros días. Se dice, por ejemplo, que uno tiene "muchos intereses espirituales", y se quiere decir que se ocupa de la literatura, del arte, de la filosofía. Lo alabamos porque da preferencia, ante las cosas materiales, a la cultura. Otra cuestión es si este concepto se corresponde con lo que llamamos "espiritual" en el verdadero sentido cristiano. Los "padres espirituales" de los tiempos antiguos apelaban gustosamente a un texto del evangelio: "No habláis vosotros, es el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros" (Mt 10,20). Él habla en los cristianos, actúa en ellos, inspira sus pensamientos. En resumen, dice Teófanos el Recluso, un autor ruso del siglo pasado, «el cristiano participa del Espíritu Santo; esta participación es indispensable para nosotros, porque quien no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo».

Jesús dijo a Nicodemo que para entrar en el reino de Dios es necesario nacer de nuevo del agua y del Espíritu Santo (Jn 3,5). San Cirilo de Jerusalén se pregunta: «¿Por qué el Espíritu se compara al agua?» Responde: « Del agua nace todo: alimenta las plantas y los animales. Desciende del cielo como lluvia. Es una sola, tiene siempre la misma naturaleza, ¡pero cuántos efectos diferentes produce! Una fuente riega todo el jardín; la misma lluvia cae del cielo en todo el mundo. Pero en el lirio se hace blanca, en la rosa roja, en el jacinto púrpura. Así también el Espíritu Santo, aún siendo uno e indiviso, distribuye su gracia a cada uno como quiere».

## EL "ALMA DE NUESTRA ALMA"

¿Cómo concebir esta presencia del Espíritu en nuestra persona? ¿Es posible pensar que la Persona divina esté verdaderamente dentro de nosotros? Muchos teólogos dicen que esta expresión se debe entender sólo de modo aproximado. El Espíritu nos deja sus dones, la "gracia", y se hace presente a través de estos dones sobrenaturales. Pero tanto la Sagrada Escritura como la liturgia hablan de su presencia personal: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rm 5,5), que grita en los corazones Abbá, Padre (Rm 8,15; Ga 4,6).

Los teólogos que siguen esta tradición hablan de la "inhabitación personal" del Espíritu. Pero este término se ha convertido en objeto de discusión. El hombre que vive en una casa no se identifica con ella: puede salir cuando quiere, puede cambiarla. De forma similar se imaginaban la presencia del Espíritu en los hombres los llamados mesalianos del siglo IV, carismáticos exagerados. Trataban de atraerlo con oraciones exaltadas. Pensaban que si no se sentía su actividad, entonces no estaba siquiera presente.

Los Padres de la Iglesia se dieron cuenta de lo errónea que era esta concepción. De este modo, desde el exterior, se apropiaban del hombre los espíritus malignos. El Espíritu de Dios, por el contrario, es interior a nosotros. San Basilio dice que es «como la capacidad de ver con el ojo sano», o «como el arte en el artista», se convierte en una "forma" nuestra.

San Ireneo define al hombre espiritual como compuesto por el cuerpo, el alma y el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es como si fuera "el alma de nuestra alma", se une a nuestro "yo" y fortalece todo lo que es humano en nosotros. De manera ingenua, no del todo correcta pero sí espectacular, un desconocido monje egipcio del siglo IV intentó expresar esta verdad comparando las ovejas al pastor. El pastor posee lo que tienen sus bestias, la vida animal. Pero las supera con un grado de vida intelectual que lo penetra íntimamente. Si se deja bautizar, recibe un tercer grado de vida, el Espíritu Santo. Como consecuencia, el

cristiano se distingue del pastor pagano en lo mismo que éste de las ovejas. La última conclusión es, evidentemente, ingenua. Pero el razonamiento del autor explica bien las tres esferas de vida propias de un cristiano.

Evidentemente la presencia del Espíritu Santo en nosotros no se puede entender como algo material. Dios está allí donde actúa, su Espíritu está en nuestros corazones, porque aquí está activo y su actividad nos transforma. Esta transformación se denomina con el término genérico "gracia" o, como también dicen los Padres, la "imagen de Dios" que se nos da en el Bautismo pero que está destinada a crecer hasta la semejanza, hacia la unidad siempre más perfecta con Dios.

## **LA "ESPIRITUALIZACIÓN" PROGRESIVA DEL ALMA, DEL CUERPO, DEL MUNDO**

Una imagen es perfecta cuando todos sus colores y líneas forman una unidad, cuando expresan la idea concebida por el pintor. También en el hombre perfecto sus componentes deben colaborar armoniosamente. El alma vivifica el cuerpo y a su vez es vivificada por el Espíritu Santo. Obviamente la perfección sólo se alcanza progresivamente. Decimos que en el niño se despierta el alma. Un muchacho "despierto" es un chico inteligente. Del mismo modo el Espíritu Santo "espiritualiza" progresivamente la mente humana, su voluntad, los sentimientos del cuerpo.

Además, dado que el hombre tiene una misión especial en el mundo, los hombres espirituales "espiritualizan" el ambiente, la sociedad, el mundo. Esto constituye el fin de la historia humana. En el Apocalipsis leemos una nota interesante -acerca de la "Jerusalén celeste": no hay ningún templo (21,22). La motivación de este hecho es evidente. Todo el cosmos es regenerado por el Espíritu Santo y constituye, pues, un templo único. El camino hacia este ideal es largo, tanto en la historia del mundo como en la del individuo.

Añadamos una nota para evitar equívocos. Es necesario entender bien la palabra "espiritualización". Si la carne domina el alma, los intereses y actividades del intelecto y de la voluntad se sofocan. Por el contrario, bajo el sabio dominio del alma, crece también el cuerpo, haciéndose bello y sano. Del mismo modo la espiritualización del hombre" no significa la mortificación de los valores humanos, de la realidad visible, corporal, sino, por el contrario, su florecimiento. Si nos preocupamos de realizar todo lo que nos exige el Espíritu, él mismo nos enseñará cómo armonizar sus exigencias con las de los otros componentes de la persona. Entonces las necesidades del alma y del cuerpo no estarán en contradicción; con la vida espiritual se establece la armonía perfecta de los pensamientos, de los deseos, de los sentimientos, de las tendencias del cuerpo. Los santos gustan anticipadamente la felicidad eterna, "la visión beatífica de la paz". En la vida de san Antonio Abad leemos que su paz espiritual resplandecía en su rostro de tal manera que lo reconocían por esto incluso los que nunca lo habían visto antes.

## **LA OPOSICIÓN ENTRE EL ESPÍRITU Y LA CARNE**

Desde el momento en que hemos recibido el Espíritu Santo en nuestro corazón ya no podemos vivir "según la carne". Ésta es la enseñanza constante de san Pablo: Los que viven según la carne piensan en cosas de la carne; los que viven según el Espíritu, en las cosas del Espíritu. Los deseos de la carne llevan a la muerte, mientras que los deseos del Espíritu llevan a la vida y a la paz. De hecho los deseos de la carne son contrarios a Dios, porque no se someten a su ley, ni podrían someterse. Los que viven según la carne no pueden ser gratos a Dios. Vosotros, en cambio, no estáis bajo el dominio de la carne, sino del Espíritu, desde el momento en que el Espíritu de Dios habita en vosotros (Rm 8,5-9).

La costumbre de oponer el espíritu y la carne es antigua, aunque no está siempre claro cómo se debe de entender. Parece que el origen de este lenguaje se debe buscar en los sabios de la India. En la filosofía greco-platónica se entendió como una separación radical entre el cuerpo material y el alma inmaterial, y por esto considerada espiritual. De ahí se sigue la necesidad moral de renunciar a los valores materiales, de disminuir las necesidades del cuerpo al mínimo, de seguir el camino del ascetismo.

Las exhortaciones, tomadas de la literatura pagana griega, fueron repetidas frecuentemente por los Padres de la Iglesia. Pero debemos estar atentos para entender su justo significado en el ambiente cristiano. La palabra "espíritu" en el sentido nuevo está reservada al Espíritu Santo y sólo con su participación el hombre puede considerarse "espiritual". Recibe también un nuevo significado el término "carne". No significa simplemente "cuerpo", elemento material de nuestra persona, por tanto creado por Dios como bueno. Con la palabra "carne", siguiendo a san Pablo, se indican las tendencias centrífugas, pecaminosas, que se resisten a la acción del Espíritu Santo tanto en el interior del hombre como en el mundo. Esta resistencia al Espíritu, consecuencia del pecado, no se encuentra sólo en el cuerpo, sino sobre todo en el alma.

Por eso no nos sorprende la expresión de Orígenes que dice que las almas de los pecadores son "carnales" y que el primer "carnal" es el mismo demonio, aunque no tenga cuerpo. Es importante tener presente el sentido de esta terminología para entender justamente los textos de las Escrituras y de los Padres y evitar equívocos, como si el cristianismo fuera enemigo del cuerpo humano. Por el contrario, también éste debe participar en el ideal de la "espiritualización progresiva" de la persona humana.

## LA VIDA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD PARTICIPADA EN EL HOMBRE

Si la vida espiritual significa presencia y actividad del Espíritu Santo en nuestro corazón, podemos también decir que poseemos la vida de Dios, la vida divina. Los Padres griegos hablan de la divinización (theosis) del hombre. Apelan al texto del evangelio: ¿No está acaso escrito en vuestra ley: 'yo lo he dicho: vosotros sois dioses'?. Por supuesto que se entiende "divinos por la gracia"; no por naturaleza.

Dios en nuestra revelación es la Santísima Trinidad. Por eso también nuestra santificación tiene carácter trinitario, porque hemos sido bautizados "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". «Como hemos sido bautizados -escribe san Basilio- así creemos y profesamos, este es el sello de nuestra fe, nuestra fe es el consenso dado a Dios». Los místicos tienen dos formas de expresar el mismo misterio: o dicen que la Santísima Trinidad desciende entre nosotros, a nuestro mundo, o por el contrario que nosotros y nuestro mundo somos atraídos hacia lo alto, a la intimidad de la vida divina.

La expresión tradicional la leemos, por ejemplo, en san Cirilo de Alejandría: «Todo bien desciende de Dios Padre -por medio del Hijo en el Espíritu Santo»; mientras que nuestro ascenso a Dios se realiza «en el Espíritu Santo -por medio del Hijo- al Padre». Cuando leemos en la Sagrada Escritura la palabra "Dios", se piensa fundamentalmente en la primera Persona, en el Padre nuestro que está en el cielo (Mt 6,9). En el sentido original, es el Padre de nuestro Señor Jesucristo (Ef 1,3) y por medio de él se ha convertido también en Padre nuestro, que nos quiere dar todo bien, y que ha amado tanto al mundo que nos ha dado a su Hijo unigénito- para que sea la salvación de todos (Un 3,16). Por medio de este acto redentor nos hemos convertido en morada del Espíritu Santo que nos lleva desde la tierra hasta el cielo, que "diviniza" nuestra humanidad.

## LA COLABORACIÓN DEL HOMBRE

Según la definición antigua, la oración -como también la religión- es el ascenso (en griego anabasis) del alma hacia Dios.

Ascender implica fatiga y trabajo. ¿Y si este esfuerzo fuera en vano? El que escala una montaña se acerca a la luz, pero el sol permanece alejado de él al igual que de aquellos que se han quedado en la llanura.

No nos sorprende, por tanto, el escepticismo de muchos cristianos frente a los esfuerzos humanos. No nos salvaremos con nuestras obras, sino con la fe, que es un don, no un mérito. Este es un dicho famoso del tiempo de la Reforma. No somos nosotros, los hombres, los que subimos al cielo, sino que es Dios el que viene a salvarnos, como hemos visto en los ejemplos bíblicos.

En la teología ascética este problema se plantea bajo forma de pregunta: ¿qué valor tiene la fuerza humana cuando se trata de obtener la vida divina, la gracia? Si llamamos a los esfuerzos humanos "ascética" y a la unión con Dios "mística"; los autores se preguntan qué relación hay entre ambas.

La historia nos enseña que el movimiento monacal ha sido siempre muy importante para la Iglesia. Al mismo tiempo los historiadores, tanto católicos como no, advierten que uno de los fundamentos de la vida monástica es la convicción de que hay unidad entre la ascética y la mística. El progreso de la vida espiritual corresponde a la colaboración humana con la gracia divina. Esta cooperación de la fuerza humana con el Espíritu Santo se define con el término griego sinergismo.

«Entonces la gracia ya no es gracia, libre don de Dios», objetan algunos. Con un bello y sencillo ejemplo, ya en el siglo IV, el PseudoMacario responde a esta afirmación. Los esfuerzos humanos son como el trabajo del agricultor. Sabemos que no basta arar y sembrar. La cosecha depende del sol, de la lluvia, de la temperatura. Hay años en los que se recoge muy poco, a pesar de los grandes esfuerzos. Y sin embargo la regla "normal" sigue siendo válida: cuanto más se trabaje en el campo, mejor cosecha se tendrá. Entonces podemos hablar también de una "ley normal de la gracia". Sigue siendo válido: "Esfuézate, Dios te ayudará". San Ignacio de Loyola expresó este principio del modo siguiente: «Debemos trabajar como si todo dependiera de nosotros, y debemos rezar como si todo dependiera de Dios».

Podría parecer una contradicción, pero no lo es. No hay duda de que la gracia es un don libre de Dios. Pero lo que Dios nos regala es la vida, la actividad; el Espíritu vivifica al hombre entero, su corazón, su mente, su fuerza. El amor de Dios debe encontrar el amor activo por parte del hombre.

## AUTOR DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Sin la Sagrada Escritura no se puede conocer el cristianismo, pero tampoco la historia de nuestra cultura. Pero nosotros no leemos las Escrituras sólo por motivos literarios. Creemos que su autor es el mismo Dios, porque el libro es "inspirado", ha sido escrito bajo la influencia del Espíritu Santo. Por tanto tiene un sentido infalible y contiene, en semilla, plenitud de la revelación.

Es importante entonces establecer la relación entre lo que en ellas se dice y las otras voces de Dios, que ha hablado a los Padres, que aún ahora habla muchas veces y de muchas formas distintas (Hb 1,1): en la conciencia pura, en el orden y la belleza de mundo, en la Iglesia y en su tradición. Son palabras distintas pero con un sólo sentido, porque es el mismo Espíritu Santo quien las inspira. A través de estas manifestaciones nos conduce infaliblemente al conocimiento de Cristo que es la Verdad.

Cuando habla de la Biblia, Orígenes señala una diferencia más al comparar los textos sagrados con los de autores humanos. Un gran poeta, por ejemplo Homero, es capaz de expresar su pensamiento de modo comprensible, pero no nos puede dar la fuerza para hacer lo que él dice. En cambio en las Sagradas Escrituras está escondido el Espíritu de Dios que nos lleva de la mano a realizar las obras que nos inspira.

En consecuencia, la interpretación de la Biblia es progresiva: se capta cada vez más profundamente su sentido espiritual. Cuando se mira el mundo, se pasa de la visión con los ojos a la comprensión con la inteligencia y, finalmente, a la visión espiritual de lo que Dios nos muestra. Del mismo modo en la lectura de la Sagrada Escritura se pasa de la "letra" al sentido llamado "histórico" y finalmente al significado espiritual: lo que el Espíritu nos dice en ese momento.

En particular, un gran don del Espíritu es entender espiritualmente la historia de la salvación, comenzando por la historia de Israel hasta llegar a los acontecimientos de la Iglesia y de nuestra propia vida. Esto pueden experimentarlo los que rezan los Salmos diariamente. La meditación sobre las Escrituras es un continuo paso pascual. Se comienza con la "letra"; pero que continuamente "muere," es abandonada para que resurja el Espíritu.

## EL ESPÍRITU Y LA TRADICIÓN DE LA IGLESIA

La relación entre la Escritura y la Tradición ha sido objeto de discusiones y estudios frecuentes. Los equívocos tienen normalmente el mismo origen: una noción incompleta de la Tradición, cuando ésta se concibe de modo demasiado material, únicamente como documentos escritos por los Padres y otros escritores escolásticos. La Tradición, en sentido auténtico, está viva. Es, como dice P Evdomikov, como un concilio del pueblo de Dios continuamente convocado, inválido sin la asistencia del Espíritu Santo.

La relación entre la Escritura y la Tradición así concebida se puede quizás explicar mejor con un ejemplo. Un poeta checo, J. Wolker, escribió una poesía sobre el mar. No lo había visto nunca y lo deseaba ardientemente. Finalmente consiguió llegar a la orilla del Adriático. Pero cuenta que fue una desilusión. Había leído mucho sobre el mar y lo que vio era cómo «un pájaro azul que llegaba por la mañana, se posaba en las rocas y se iba por la tarde cansado». No era el mar de sus sueños. Y, sin embargo, este mar lo encontró la noche del sábado en la taberna, en los ojos de los marineros que descansaban allí. El sentido de esta poesía es profundo. La realidad verdadera no se descubre con una experiencia personal superficial, sino que es vivida a través de los siglos por hombres que tienen una experiencia viva.

Aplicando este ejemplo a nuestro problema, veamos qué se puede decir. Las Escrituras son como un mar que esconde en sus profundidades los misterios divinos. Estos misterios los descubren los hombres espirituales que a través de los siglos navegan y viven en este mar. Si no fueran espirituales, o sea inspirados por el Espíritu Santo, no nos podrían revelar lo que el mismo Espíritu ha escrito, como verdadero autor de las Escrituras, por medio de los autores humanos. Por eso la Sagrada Escritura y la Tradición son inseparables, una manifestación común del Espíritu Santo, y deben ser leídas contemporáneamente.

## EL ESPÍRITU -ALMA DE LA IGLESIA

La Iglesia es comparada por san Pablo con un cuerpo. El cuerpo debe ser un organismo vivo, debe tener una sola alma que lo una. Pero, ¿cómo unir en una sola alma a hombres libres, individuales? Con frecuencia leemos expresiones genéricas que ponen de manifiesto la unidad de una sociedad. Por ejemplo, decimos que los franciscanos tienen el espíritu de san Francisco, o que el espíritu de un gran



pensador vive en sus seguidores. Así mismo se dice que los cristianos fieles tienen el espíritu de Cristo. Pero si se entendiera sólo en este sentido genérico o "moral," la Iglesia sería una sociedad como todas las demás, no sería un verdadero cuerpo.

De hecho, cuando decimos que el Espíritu de Cristo vive en la Iglesia, no se trata sólo de un convencimiento común, de una actitud común. En este caso el Espíritu de Cristo es una fuerza real, viva: el Espíritu Santo. Él descendió sobre los apóstoles reunidos en Jerusalén el día de Pentecostés (Hch 2).

En la sencilla enseñanza de la catequesis se puede explicar este misterio del modo siguiente. Según la doctrina tradicional de los Padres griegos, el cristiano está formado por tres elementos: el cuerpo, el alma y el Espíritu Santo. Este último es como si fuera el "alma de nuestra alma." Los cuerpos de cada uno de nosotros son distintos. Lo mismo vale de las almas; cada uno tiene la suya. Pero el tercer elemento, el Espíritu Santo, es el mismo en Pedro, en Pablo, en Tomás, etc. Es, pues, el alma común de todos los fieles en Cristo.

Ejerce funciones similares a las del alma en el cuerpo de cada hombre. Crea la unidad, vivifica los órganos independientes, hace crecer al organismo. En la encíclica de Pío XII *El Cuerpo Místico* se lee: «Es necesario atribuir al Espíritu de Cristo, como a un principio invisible, el que todas las partes del cuerpo estén unidas entre sí y a su noble Cabeza (Cristo)».

¿Queremos deducir de esta verdad una conclusión concreta? Un turista observaba a la gente en Roma, en la plaza de san Pedro. Esperaban el breve discurso y la bendición del Papa durante la oración dominical del Angelus. El turista, que no era creyente, preguntó a uno: «¿Qué tiene esta gente en común con el Papa? Es de otra nación, su discurso no lo entienden bien o no lo entienden en absoluto. Y además no se conocen entre ellos. ¿No es una ilusión creer que estén unidos entre ellos?» Un creyente le respondió con razón: «Tenemos el mismo Espíritu Santo».

## CONCLUSIONES DOGMÁTICAS Y ECUMÉNICAS DE ESTAS VERDADES

El alma vivifica al cuerpo, pero está también unida a él. La separación del alma y el cuerpo es la muerte del individuo. Una cosa similar sucede en la vida de la Iglesia. Su alma es el Espíritu Santo. Su cuerpo son los diferentes "miembros"; con sus diferentes funciones: el papa, los obispos, los sacerdotes, los religiosos y religiosas, todo el pueblo de Dios, o sea los bautizados que viven en unidad, también externa y oficial, con sus pastores.

Durante todo el medioevo la Iglesia luchó contra las herejías que querían separar el alma del cuerpo de la Iglesia. Los seguidores de Wycleff se escandalizaban de la vida de algunos preladados, no podían comprender cómo los pecadores podían ser miembros de la Iglesia santa (también nosotros decimos que la Iglesia es santa, pero precisamente porque santifica a los pecadores recibéndolos en su cuerpo). Puesto que no se sabe quién es santo y quién no lo es, ellos afirmaron que la verdadera Iglesia es invisible. La Iglesia externa sería, en cambio, la "sinagoga de Satanás." Los católicos, evidentemente, defendían la unidad del alma y el cuerpo, de la institución visible de la Iglesia y el Espíritu Santo que la vivifica.

Surgió así una pregunta seria: ¿se pueden salvar aquellos que, sin tener culpa alguna, no pertenecen externamente a la Iglesia católica? A lo largo de la historia se han dado varias respuestas. Pero hoy, después del concilio Vaticano II, podemos tomar una posición más inteligente. Sabemos que en la vida individual el alma está en el cuerpo, mientras el hombre vive. Sin embargo la acción, la fuerza del alma, supera el límite, la medida corporal: cuántas cosas se hacen a distancia, con la mirada, con cartas, con mensajes, etc. Es siempre nuestra alma la que actúa, que reside en nuestro cuerpo y además lo supera.

De modo similar actúa también el Espíritu Santo. Santifica en la Iglesia y por medio de la Iglesia visible, pero difunde su gracia también "a distancia", sobre aquellos que se unen al cuerpo de la Iglesia inconscientemente, porque desean de verdad el bien bajo la forma que ellos conocen. El ecumenismo católico se funda en esta convicción.

## EN LA IGLESIA EL ESPÍRITU NOS HACE CRISTIFORMES

En la plenitud de los tiempos, el Salvador nació del Espíritu Santo y de la Virgen María. Dios apareció en carne humana. Pero su nacimiento se prolonga místicamente a través de los siglos. Cristo se hace presente de nuevo por obra del Espíritu, y la función de María corresponde a la Iglesia. En este sentido los teólogos dicen que el Espíritu sigue siendo "cristiforme" en la historia. Transforma el pan y el vino eucarísticos en el cuerpo y la sangre de Cristo, a través de las palabras sacerdotales perdona los pecados en el sacramento de la penitencia, y en general en todos los sacramentos, en la liturgia, en la oración, santifica a los hombres y al mundo. ¿Cómo podrían los sucesores de los Apóstoles aplicar a ellos mismos las palabras de Jesús, quien os escucha a vosotros, a mí me escucha (Lc 10,16), si el Espíritu de Cristo no estuviera en sus palabras?

Pero también los fieles sencillos merecen el título de "pueblo de Dios" a causa del don del mismo Espíritu. En el bautismo nacen espiritualmente del agua y del Espíritu Santo, como hijos de Dios. En una fórmula antigua de la bendición de la fuente bautismal se recita la siguiente oración: «Que el Espíritu Santo se digne conceder fecundidad a esta agua que habéis preparado para hacer renacer a los hombres, entrando misteriosamente en ella. De esta fuente divina saldrá una nueva raza (del pueblo de Dios), concebida en la santidad, renaciendo para convertirse en una criatura nueva». Los fieles son portadores de la tradición eclesial.

El Concilio insiste en la expresión de que por medio de la Iglesia Cristo se hace presente a través de los siglos. Las estructuras eclesiales son humanas y materiales, pero animadas por el Espíritu se convierten en el "cuerpo visible de Cristo".

## **TRANSFIGURADOR DEL COSMOS**

En el monte Athos había una escuela para pintores sagrados. Al final de la instrucción el candidato debía presentar una imagen como prueba de su arte. El tema era siempre el mismo: la transfiguración del Señor en el monte Tabor. El objetivo del examen era bien preciso: el pintor debía probar su capacidad para ver el mundo, no con ojos profanos, sino como lo habían visto los tres Apóstoles durante la Transfiguración.

Fue una visión en que preguntaron ya de alguna manera el mundo futuro tras la resurrección de los muertos. Cuando los autores espirituales interpretaban esta escena del evangelio, se preguntaban: ¿qué cambió cuando los Apóstoles tuvieron esta revelación? El nombre "transfiguración" no es exacto. Jesús no cambió su "figura"; su forma. Habría dejado de ser él mismo, no lo habrían reconocido. Lo que cambió fue la luz; Él apareció iluminado. Evidentemente esto no se puede interpretar en el sentido material, como si hubiera estado bajo reflectores. Fue la luz espiritual la que iluminó todo lo creado, la "luz tabórica", como la llamaban los monjes bizantinos. En esta luz se veía todo cambiado.

Esta luz es efecto del Espíritu Santo Iluminador. De ella escribe el teólogo oriental Vladimir Losskij: «La conciencia de la plenitud del Espíritu Santo donado a cada miembro de la Iglesia, de acuerdo con la medida de la elevación personal de cada uno, hace desaparecer la tiniebla de la muerte, el miedo del juicio, el abismo del infierno, dirigiendo la mirada únicamente sobre el Señor que viene en la gloria. Este gozo de la resurrección y de la vida eterna convierte la noche pascual en una "fiesta de la fe" en la que todos participan, aunque sea sólo en pequeña medida y por un momento, de la plenitud del octavo día que no tendrá fin».

Los fenómenos maravillosos narrados en las biografías de los santos muestran que éstos estaban ya en un estado transfigurado por el Espíritu; de ahí las levitaciones, las bilocaciones, la incorruptibilidad de los cadáveres. Pero, sobre todo, la experiencia de la contemplación pone a los ascetas ante la realidad esperada, o sea ante el mundo "espiritualizado". El futuro no está sólo por delante, sino que en cierto sentido forma ya parte de la historia, es pre-sentido, pre-participado, ya real.

## **LOS TÍTULOS DEL ESPÍRITU**

### **SANTIFICADOR**

La acción del Espíritu Santo es universal. Se puede describir con los títulos que la Escritura y la Tradición le confieren. En primer lugar es llamado Santificador, porque nos santifica, hace santos a los cristianos.

¿Pero quién puede ser llamado santo? En el Antiguo Testamento se insiste mucho sobre la idea de que sólo Dios es santo. Su santidad es inaccesible a los hombres. No deben siquiera acercarse al lugar donde Dios se aparece, donde se siente su presencia. Cuando Moisés quiso ver de cerca la zarza ardiente oyó la voz: No te acerques aquí, quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada (Ex 3,5). Más adelante, cuando Moisés llegó al mismo sitio con todo el pueblo huido de Egipto, la santidad de Dios se apareció en el monte Sinaí de modo aún más espectacular. Se anunció: Ve donde el pueblo y haz que se santifiquen hoy y mañana; que laven sus vestidos y estén preparados para el tercer día; porque al día tercero descenderá Yahvé a la vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí. Deslinda el contorno de la montaña, y di: 'Guardaos de subir al monte y aún de tocar su falda. Todo aquel que toque el monte morirá' (Ex 19,10-12).

Aún más sugestiva es la visión del profeta Isaías: El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado y los bordes de su manto llenaban el templo. Unos serafines se mantenían erguidos por encima de él; cada uno tenía seis alas: con un par se cubrían la faz, con otro par

se cubrían los pies, y con el otro par aleteaban. Y se gritaban el uno al otro: «Santo, santo, santo, Yahvé Sebaot; llena está toda la tierra de su gloria. » Se conmovieron los quicios y los dinteles a la voz de los que clamaban, y la Casa se llenó de humo. Y dije: «¡Ay de mí que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahvé Sebaot han visto mis ojos!» Entonces voló hacia mí uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas habían tomado de sobre el altar, y tocó mi boca y dijo: «He aquí que esto ha tocado tus labios: se ha retirado tu culpa, tu pecado está expiado» (Os 6,1-7).

Estos fragmentos son instructivos. En primer lugar se advierte en ellos que la santidad es propiedad exclusiva de Dios. A los que se le acercan se les exige la purificación moral. Pero en la visión de Isaías aparece el aspecto contrario: la misma aproximación a Dios purifica, hace inmaculado.

Esto nos permite entender mejor el uso de las palabras. En lenguaje actual el término "santo" indica a un hombre moralmente perfecto. María es santísima porque está libre del pecado. La Iglesia aconseja la purificación de los pecados para recibir la santa comunión. Pero, ¿somos capaces de hacerlo? Sin la gracia de Dios nadie puede alcanzar la pureza moral. Son dos polos de la misma realidad: debemos mantenernos puros para acercarnos a Dios y por otra parte la misma aproximación nos purifica. Por eso en teología se habla de la "santidad moral", que se manifiesta en una vida irreprochable, y de la "santidad ontológica"; que es la presencia de Dios en el alma.

El misterio del Nuevo Testamento se verifica, pues, del modo siguiente: el Espíritu Santo que habita en nuestro corazón nos hace santos e inmaculados ante Dios, pero por otra parte debemos esforzarnos por conservar esta santidad, que se nos da en el bautismo, con la conducta moral adecuada.

## VIVIFICANTE

Este título lo conocemos por el Credo, donde profesamos que el Espíritu es «dador de vida», es vivificante, hace vivir. En la creación del mundo, la vida aparece como la coronación de la obra, primero de las plantas, después de los animales, finalmente del hombre. Dios sopló su aliento de vida y el hombre se convirtió en un ser viviente (Gn 2,7), imagen del Dios vivo.

Esta descripción nos hace ver que la vida, que es siempre un don divino, se realiza en grados diversos. La que nos comunica el Espíritu Santo es divina, participación en la Santa Trinidad, como hemos visto. Y sin embargo los Padres griegos están convencidos de que ésta es nuestra "vida natural". Si los hombres vivieran según su naturaleza, no existiría el mundo del pecado. El término "naturaleza" tiene la misma raíz que el verbo nacer. También tiene un origen similar el término griego physis. En este contexto, vivir la "vida natural" significaba para los primeros monjes la vuelta a la vida del Paraíso: las tentaciones son superadas, el cuerpo obedece al alma, el alma a Dios. Hasta el cosmos vuelve al sometimiento original al hombre: en la vida de los santos del desierto se ve que los animales salvajes, leones, serpientes, lobos, se ponían a su servicio.

Los Padres señalan también que aunque en el Paraíso no lloviera, había una gran fuente, que daba vida a todo el jardín. En sentido simbólico esta fuente es, en la vida del cristiano, el Espíritu Santo, agua viva prometida por Cristo capaz de hacer florecer de nuevo cada desierto del alma provocado por el pecado.

## ILUMINADOR – LUZ

El tema de la luz se encuentra con frecuencia en la Biblia. En el primer acto de la creación del mundo Dios separa la luz de las tinieblas (Gn 1,3). Y al final de la historia de la salvación, la nueva creación tendrá a Dios mismo como luz (Ap 21,5). Las vicisitudes de los días y las noches son símbolo de nuestra situación, o sea de la situación de los que no han alcanzado aún la plenitud de la redención, y que esperan el día sin ocaso que será el mismo Dios (1Jn 1,5).

En este contexto se entiende por qué Cristo se ha revelado como la luz del mundo (Jn 9,5) que resplandece en las tinieblas y que las tinieblas intentan sofocar (Jn 1,4). Los cristianos deben aparecer también como hijos de la luz (Lc 16,8; Jn 12,36). Para esto reciben la luz de lo alto, la iluminación del Espíritu Santo.

La palabra "luz" es una metáfora, una comparación, por tanto se presta a distintas interpretaciones. Los judíos identificaban la luz con la vida; los griegos la identificaban más con el conocimiento de la verdad porque sólo en la luz uno puede moverse y ver aquello con lo que se encuentra. En este segundo aspecto se ve la relación existente entre Cristo y el Espíritu Santo. Jesús se definió a sí mismo como verdad y por tanto también luz del mundo. Los Padres interpretan el versículo del Salmo 35,10 -en tu luz veremos la luz- en este sentido: en la luz del Espíritu vemos la luz del mundo que es Cristo.

No se trata de un simple juego de palabras, sino que confirma lo que dice san Pablo con la frase: Nadie puede decir "Jesús es Señor" si no es bajo la acción del Espíritu Santo (1Cor 12,3). Aunque uno

estudiara toda la Sagrada Escritura y tuviera en consideración toda la tradición de la Iglesia, no sería nunca creyente sin el don del Espíritu Santo. Esto lo confirman aquellos que se han convertido al cristianismo en edad adulta. Han experimentado que la fe les ha sido dada en un determinado momento como un don gratuito. Y por su parte los creyentes saben que la mejor comprensión de las enseñanzas de Cristo se produce por una iluminación de lo alto. Por eso la Iglesia reza en diversas ocasiones: «¡Ven, oh Luz de las mentes! ». Para ilustrar esta verdad un predicador reciente ha usado el siguiente ejemplo: algunas grutas subterráneas son frecuentadas por turistas que admiran la belleza de las estalactitas y las estalagmitas. Hace cien años eran sólo cuevas oscuras y peligrosas. La introducción de la luz eléctrica ha creado estos lugares maravillosos. Algo parecido sucede con la vida, pese a estar llena de tristeza, si los ojos del corazón son iluminados por la luz del Espíritu.

## INSPIRADOR

¡Cuántos pensamientos pasan por la cabeza, especialmente cuando uno está sólo y sin ocupación! ¿De dónde vienen? Según Orígenes, un pensamiento puede tener cuatro causas: puede venir de nuestra mente, o ser un recuerdo o reflexión; puede ser sugerido por el espíritu maligno; puede ser sugerido por los ángeles y, finalmente, puede venir del Espíritu Santo. ¿Se pueden reconocer estos orígenes diversos? La regla fundamental es sencilla: los espíritus buenos sugieren buenas obras, los malignos malas. No es fácil, sin embargo advertir inmediatamente, desde el principio, adónde nos llevará un pensamiento. Por eso el "discernimiento de los espíritus" ocupó un lugar especial en la vida de los santos y éstos establecieron algunas reglas para orientarse en este campo.

De entre estas reglas señalamos particularmente sólo una. Los autores aprendieron a distinguir los pensamientos que vienen de "fuera" de aquellos que vienen del "interior". Los que vienen de "fuera"; numerosos, tienen una causa externa: un objeto visto, un relato, un trozo de un libro leído; o también la influencia de alguien con quien hemos hablado, que nos ha "sugerido" una idea, una imagen. Estos pensamientos son distintos de aquellos que vienen de nuestro interior. Los Padres lo constatan. Su sublimidad convence a los Padres de que es el mismo Espíritu Santo el que, habitando en el corazón, hace escuchar su voz dentro del "castillo interior" de nuestro "yo", aparece como urja iluminación llena de paz.

Los autores sirios hablan con frecuencia de esto y lo describen con una metáfora. El corazón, dicen, se parece a una fuente. Si es pura, el cielo se refleja en ella, como se reflejan los pensamientos divinos en el corazón puro. El que está acostumbrado a oírlos, no necesita de otras enseñanzas. A éstos se aplica la parábola de Jesús a Nicodemo sobre los que nacen del Espíritu: El viento sopla donde quiere y oyes su voz (Jn 3,8). Es fácil comparar la acción del Espíritu con el soplar, con el viento.

Los momentos en que el Espíritu habla al hombre pueden ser fuertes, hasta el punto de reducir al silencio las impresiones de los sentidos corporales y del intelecto, hasta el punto de hacerlo "estático". Estos momentos son raros, pero no son contrarios a la naturaleza. Es contrario a la naturaleza lo opuesto, cuando la parte inferior, los sentimientos carnales, sofocan la voz del Espíritu. Por eso, como advertencia, al comenzar el oficio divino se recitan las palabras del Salmo 94,8: "Escuchad hoy su voz. ¡no endurezcáis vuestro corazón!"

## CONSOLADOR

En el discurso de Jesús durante la última cena leemos: Vuestros corazones se han llenado de tristeza. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré (Jn 16, 6-7).

A menudo estamos tristes. Este sentimiento nace de la convicción de que algunas cosas no deberían ser así, de que el mundo no va bien. Es, por tanto, una especie de odio a la realidad. El cristiano debe odiar el pecado. La tristeza saludable es el arrepentimiento. Si, por el contrario, nos asalta la tristeza por la vida como tal, por la compañía de los demás, entonces quizás nos falte fe en la Providencia, en la bondad de Dios que se manifiesta en su obra.

No es fácil superar el abatimiento. Cuando se trata de problemas pequeños, conseguimos superarlos con las consolaciones naturales, con algunas distracciones. Pero si aparecen graves sufrimientos, adversidades, persecuciones, nos sentimos débiles, impotentes ante una cruz pesada. Jesús mismo, previendo su pasión en el huerto de los Olivos, dijo: Mi alma está triste hasta el punto de morir (Mt 26,38), tanto que se le apareció un ángel del cielo a consolarlo (Lc 22,43).

Es interesante notar que en los documentos cristianos más antiguos el Espíritu Santo es llamado "Ángel". Ángel es una palabra griega que significa mensajero. El Espíritu Santo es mandado por Cristo como mensajero suyo a los afligidos, porque sólo él puede revelar a los hombres el sentido positivo de la cruz y así consolarlos cuando todas las consolaciones naturales fallan.

El lector moderno se sorprende cuando lee en los escritos de los monjes antiguos severas condenas a las bromas, la risa y las payasadas. Estos juicios son, sin duda, exagerados e injustos. Pero podemos comprender por qué se predicaron estas cosas. Los ascetas comprendieron que la verdadera felicidad no se puede forzar "divirtiéndose" para olvidarse de uno mismo. La alegría imperturbable viene de nuestro interior y en nuestro interior nos consuela sólo el Espíritu Consolador.

Es edificante, bajo este aspecto, el relato en las Florecillas de san Francisco de Asís titulado "Dónde está la verdadera alegría". El santo se lo explica a su hermano León. Volvían de un viaje mojados por la lluvia, helados, y encontraban ya cerca de su convento. Francisco dijo: «Si no nos abren la puerta, nos echan a patadas y nosotros no nos entristecemos por ello, ¡entonces tendremos la verdadera alegría!». No entristecerse en situaciones así es imposible para las fuerzas humanas. Pero el santo creía que el Espíritu puede darnos esta capacidad.

## FUEGO

Los pueblos antiguos consideraban al fuego como elemento divino. También en la Biblia hay revelaciones de Dios acompañadas de la visión del fuego: en la zarza ardiente (Ex 3,2ss); en la cima del monte Sinaí (19,18); el profeta Elías es transportado al cielo en un carro de fuego (2R 2,11); Jesús, según las palabras de san Juan Bautista, bautizará con Espíritu Santo y fuego (Mt 3,11). De hecho, cuando vino el Espíritu Santo, aparecieron sobre las cabezas de los apóstoles lenguas de fuego (Hch 2,3).

La imagen del fuego se presta a varias interpretaciones. Llevada a la vida espiritual, significa sobre todo un celo ardiente por el bien, por la gloria de Dios. En este sentido se dice del profeta Elías que su celo era similar al fuego y que su palabra quemaba como una llama (Si 48,1).

También en las actividades humanas observamos lo bueno que es cuando uno está entusiasmado por el estudio, por el arte, por su trabajo. Lo hace bien y con gran placer. El celo es contrario al defecto que se llama "tibieza". Ésta es la "sombra de la muerte", según san Bernardo; el tibio se parece a una viña no cultivada, a una casa sin puerta, sin cerraduras. La negligencia priva al hombre de la alegría. Aumenta, por tanto, la fatiga del día. Es un gusano en la raíz, devora desde dentro, aunque desde fuera nada parezca haber cambiado.

La tibieza para las cosas divinas fue llamada por los Padres griegos sklerokardia, corazón duro, "esclerótico"; y a un hombre así le aplicaban las palabras del Apocalipsis: "Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca (3, 15-16)." Evragio llama a este vicio "demonio de mediodía". Cuando desaparece el entusiasmo de la juventud, en el "mediodía de la vida" muchos se sienten cansados y pierden el interés en trabajar por el bien. El autor está convencido de que se trata de un "demonio peligrosísimo," porque el disgustado y el perezoso no tienen ganas de resistir.

Por el contrario, el Espíritu Santo conserva en el corazón del cristiano el ardor juvenil, la disponibilidad alegre a hacer cualquier bien que se presente como posible. San Martín estando ya a punto de morir, al ver la tristeza de sus discípulos, rezó: «Señor, si puedo ser aún útil, no reniego del trabajo». Desde el punto de vista humano, el escritor Tolstoj da un testimonio bello de su tía, que sustituía en su casa a la madre difunta: estaba siempre servicio de los demás, pero en su rostro, veía qué gran felicidad tiene uno cuando puede amar y realizar su amor. Así, en el servicio a Dios, aparecían los santos, en cuyos ojos brillaba el fuego del Espíritu.

## PALOMA

La paloma se convirtió en la imagen más característica de Espíritu Santo, de acuerdo con la visión de Bautismo de Jesús (Mt 3,16). En la interpretación de la escena es fácil recordar el texto del Génesis sobre la primera creación que dice que el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas; el bautismo es la "segunda creación". Las palomas eran los únicos pájaros que se admitían para ser sacrificados en el templo. Son símbolo de la pureza, de la sencillez (Mt 10,16).

Puesto que las palomas llegan de lo alto y vuelan hacia el cielo, se han convertido en símbolo de la oración para los autores espirituales.

Al orar somos introducidos en el diálogo eterno entre las tres Personas divinas, cosa que sería imposible sin la asistencia del Espíritu Santo. Teófanos el Recluso interpreta la división tripartita del hombre, conocida por los Padres, en este sentido. Tenemos el cuerpo, el alma y el Espíritu Santo. El cuerpo se nutre, respira, se mueve. El alma piensa, quiere, siente. La actividad característica del Espíritu es la oración, que puede llamarse "respiración del Espíritu". Con la respiración corporal el oxígeno penetra en la sangre y es transportado por todo el cuerpo. Del mismo modo la oración absorbe el Espíritu y lo hace formar parte de todas nuestras actividades. El Espíritu es como el fuego que arde en el corazón. El fuego, para no apagarse, tiene necesidad de aire. La oración reaviva esta llama.

En la liturgia se usa, tras las palabras de consagración del pan y el vino, la llamada epiclesis, invocación explícita al Espíritu Santo para que descienda sobre los dones que están en el altar y sobre los hombres que están a su alrededor. Con esto se expresa la verdad fundamental de que ninguna oración - y por tanto tampoco la oración eucarística- sacramental sería eficaz si, como dice Orígenes, no fuera el Espíritu Santo mismo quien se dirigiera al Padre a través de nuestras palabras, si no fuera él quien gritara en lo secreto Abbá, Padre (Ga 4,6). Él llama con más fuerza que nosotros; su voz, por decirlo así, supera nuestros débiles gritos. De esta manera Orígenes explica que en cada oración pedimos cosas mejores de las que nosotros mismos somos capaces de comprender. A toda oración, por tanto, corresponde una epiclesis, la petición, el deseo de que el Espíritu Santo ore con nosotros. En las funciones litúrgicas más importantes se canta el himno " ¡Ven, Espíritu Santo!."

Toda oración, por breve que sea, tiene por tanto una perspectiva infinita. Con una pequeña palabra humana o con el sentimiento devoto del corazón, penetramos en la Santísima Trinidad, en el mundo divino, donde está toda la felicidad y donde se decide, junto con nuestra colaboración, el destino del cosmos.

## **LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTO**

### **LAS VIRTUDES Y LOS DONES**

Como hemos dicho, el hombre y el Espíritu colaboran, de forma que toda acción del fiel es divino-humana. Esto sucede en grados diversos y en formas muy diferentes. Hay momentos en los que destaca más el esfuerzo humano mientras que en otras ocasiones se siente más la gratuidad de la ayuda divina.

Esto ha llevado a los teólogos escolásticos a diferenciar las "virtudes" de los "dones". Se puede explicar con un ejemplo sencillo. Todos pueden aprender a pintar bajo la guía de un maestro. Pero no todos producirán una obra de arte; para esto último es necesario el talento, el "don". El Espíritu Santo es la guía que enseña a todos a vivir según las exigencias del evangelio, a practicar las virtudes. A algunos en cambio les da un don especial, esto se ve en su conducta. Como el talento para pintar, igualmente se ve en la vida de los santos un don especial para la piedad, a veces incluso desde que son pequeños. Cuando leemos que san Luis Gonzaga pronunció el voto de castidad delante de la Virgen con siete años, admiramos un "don" del Espíritu.

Si ya los talentos naturales son numerosos, muchos más variados lo son los dones sobrenaturales, de la piedad. Sin embargo, un texto de Isaías (11,1-3) llevó a los Padres de la Iglesia, y a continuación a los autores espirituales, a enumerar de forma especial los "siete dones del Espíritu". En la traducción griega de la Biblia y en la Vulgata latina, se lee lo siguiente: "Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el Espíritu de Yahvé: espíritu de sabiduría (1) e inteligencia (2), espíritu de consejo (3) y fortaleza (4), espíritu de ciencia (5) y de piedad (6). Y lo inspirará en el temor de Yahveh (7)."

Los autores se sentían libres para interpretar estos términos de acuerdo con sus criterios. También nosotros podemos explicar su significado con un lenguaje más próximo a nuestra mentalidad. Los que quieren hacer de ello un sistema lógico caen en reflexiones artificiales.

### **EL DON DE SABIDURÍA**

Los términos de la lengua tienen su historia. La palabra griega sofía se traduce como sabiduría y, en las lenguas modernas, tiene un matiz predominantemente intelectual. Sabio es para nosotros un hombre dotado de una mente clara y que conoce muchas cosas. Pero en el griego antiguo sabio era un obrero capaz, un maestro de obra. En Homero se busca un "sabio" para arreglar las naves. Pero para los griegos intelectuales, con el pasar del tiempo, este término se hizo abstracto. "Filósofo"; traducido, significa "amante de la sabiduría", el que pierde cada vez más el interés por la vida práctica y quiere conocer las verdades elevadas, eternas.

También en hebreo la sabiduría es práctica. La introducían en seguida en el contexto de la vida. El sabio no sólo sabe hacer algo, sino que tiene éxito. Los libros de la "sabiduría" del Antiguo Testamento ponen en contraposición con frecuencia al sabio y al necio. Al primero se le puede dar cualquier encargo; el otro se equivoca, lo estropea todo y muere en la miseria.

Sin embargo, el éxito en la vida no es separable de la actitud religiosa. Los israelitas sabían bien que el conseguir o no algo no depende siempre de nosotros, sino de Dios. Por eso confesaban que el inicio de la sabiduría es el temor de Dios. Comparando la sabiduría que enseñan las Sagradas Escrituras con la

de los intelectuales griegos, se dieron cuenta de que no es una virtud que el hombre pueda alcanzar por sí solo, es un don de Dios.

San Pablo sabe bien que los griegos buscan la sabiduría (1 Co 1,22), pero no los elogia por ello. El cristianismo significa, en el gran imperio romano, la victoria de la gente sencilla, no sabia; sin embargo, su sano juicio, perfeccionado por el don del Espíritu Santo, es claramente preferible a la orgullosa sabiduría griega que Dios condenó a la perdición, porque fue superada por la sabiduría de la cruz. En la Vida de san Cirilo, apóstol de los eslavos, se lee el siguiente párrafo: «Cuando tenía siete años, el gobernador reunió a todas las chicas de la ciudad ante él y le ordenó elegir una. Él eligió la Sofía-Sabiduría». Fue un sueño, pero pronto fue también una experiencia mística. Casarse con la Sabiduría divina significó para el santo elegir para siempre la vida divina, encontrar la perla por la que, según la parábola del evangelio, el hombre lo vende todo (Mt 13,46), o sea tener éxito en la vida en el sentido más noble de la palabra.

## EL DON DE INTELIGENCIA

Es útil recordar cuánto se subrayó en la antigüedad griega la eminencia del intelecto humano, luz del alma. Es capaz de comprender todo lo que cae bajo la mirada de los ojos. Además, nos eleva al mundo superior formando las ideas de la belleza y de la bondad. A través del intelecto el hombre alcanza el mundo divino, eleva la mente a Dios, luz suprema.

Por eso los Padres exhortaban a los cristianos a que tratasen de elevar constantemente la mente a lo alto. Pero, por otra parte, sabían por la Escritura que Dios habita en la luz inaccesible (1 Tm 6,16) y que sus misterios superan toda inteligencia creada. Nadie puede subir al cielo a no ser aquel que ha descendido de él, dijo Jesús a Nicodemo, y lo dijo de sí mismo (cf. Jn 3,13). Pero a continuación nos envió su Espíritu. También éste descendiendo del cielo y al cielo eleva nuestro intelecto.

Platón decía que el intelecto humano es divino por naturaleza y por tanto puede conocer la belleza infinita. Los cristianos corrigen su opinión. No somos capaces de elevarnos por naturaleza, sino por la gracia, es decir, por la iluminación del Espíritu Santo. Platón entendió bien que el hombre, que vive en la tierra, especialmente cuando es joven, necesita ver ante sus ojos un ideal celestial para no perderse en el fango de la impureza. ¡Cómo confirman esta verdad las tristes experiencias diarias! Tratad de tener un ideal, tenedlo ante vuestros ojos, advierten los educadores. Pero incluso sus advertencias serán vanas si falta la luz del Espíritu Santo.

## EL DON DE CONSEJO

Se da un consejo a uno que duda o que debe decidir y elegir alguna cosa y está dudoso. Durante las enfermedades buscamos el consejo del médico; en los juicios los del abogado; en la vida doméstica los hijos siguen los consejos de los padres. En la vida espiritual se recomienda que cada uno tome sus decisiones siguiendo el consejo de un buen padre espiritual. Y se llama "espiritual" justo porque está asistido por el Espíritu Santo y así entrevé los "consejos de Dios," los proyectos, la vocación que el Creador tiene desde la eternidad para cada persona.

Pero no estamos en duda, en zozobra permanente respecto a lo que debemos hacer. Muchos mandamientos de Dios son claros: no matarás, no robarás, amarás a tu prójimo, etc. Por eso los teólogos hacen una distinción entre "mandamientos" y "consejos". Los primeros son obligatorios para todos. Los segundos son "aconsejados" por Dios, como por ejemplo el celibato, el voto de pobreza y de obediencia religiosa; a ellos se les aplica la condición dada por Jesús al joven rico: Si quieres ser perfecto... (Mt 19,21). Quien no obedece a un mandamiento peca. Los consejos, dicen los moralistas, no obligan bajo pena de pecado.

Y, sin embargo, la distinción no es tan rígida como podría parecer, no se debe absolutizar. En la vida profana el que está "obligado" a hacer algo no es libre de elegir. Por el contrario, Dios respeta nuestra libertad en todo lo que nos dice. Parece paradójico pero, en cierta manera, él siempre nos "aconseja" que vivamos cristianamente y que seamos santos. No lo hace desde el exterior, sino desde el interior, desde nuestro corazón, desde nuestra conciencia.

El que aconseja no impone por la fuerza sino que hace ver que una cosa es mejor de un modo u otro. Este consejero es, para nosotros, el Espíritu Santo. San Pablo tuvo una experiencia viva de esto. Él procedía de ambiente farisaico en que se imponía la ley de Dios como una norma externa, y su ejecución se exigía a todos sin piedad. El Apóstol entendió que una observancia semejante de la ley no santifica, es una violencia. Por eso prefirió seguir la ley interna del Espíritu, que no sólo no destruye la libertad, sino que, además, hace ver el sentido del mandamiento. Bajo esta luz el mandamiento aparece menos como una obligación y más como el privilegio de poder imitar a Cristo y participar de su santidad. San Pablo explica a los Gálatas que la obediencia externa a la ley es necesaria mientras los hombres viven en un

estado de esclavitud respecto a Dios. Pero los cristianos reciben en el corazón el Espíritu que grita Abbá, Padre; no son ya esclavos, sino hijos (Ga 4,6-7).

Cuando invocamos a la Virgen como "Madre del buen consejo", le pedimos que nos dé una clarividencia parecida a la que ella tuvo cuando obedeció a la voz del ángel. Su "sí" libre la ha hecho Madre Inmaculada del Salvador.

## EL DON DE FORTALEZA

Los antiguos estoicos mencionan el miedo como una de las cuatro pasiones que alteran la paz del alma. El hombre no debe ser tímido, sino valiente, no debe temer la lucha por la justicia. «Vivir significa luchar», dice Séneca. También en el Antiguo Testamento se alaba a los guerreros valientes. Pero no debemos olvidar que su fortaleza está fundamentada en el temor de Dios. Los hombres no tenían miedo ya que creían en Dios y tenían mayor confianza en Él que en sus espadas, músculos, experiencias de guerra.

¿Cómo definen la fortaleza los autores cristianos? Se describe con estas palabras: «Es una virtud que lleva al hombre, que no se fía de las propias fuerzas, a esperar en Dios. A vencer todos los temores y dudas en las fatigas y cargas que lo amenazan en su vida espiritual». En esto difiere la fortaleza cristiana de la valentía natural de los guerreros. Las almas sutiles saben ser valientes de forma distinta a las peleas. Saben defender la verdad con humildad, pero con firmeza, con la confianza de vencer.

Esta fortaleza se da por supuesta en la vida cotidiana, que exige sacrificios por parte de las madres, los médicos, los sacerdotes, los obreros... Son frecuentes las dificultades que tenemos que soportar diariamente: críticas injustas, calumnias, sólo porque cumplimos con nuestro deber. Uno podría hacerse tímido. Pero la timidez, escribe san Juan Clímaco, «nace de la falta de fe, de confianza en Dios; el alma orgullosa cae en la esclavitud del miedo; visto que se fía sólo de sí misma, tiene miedo incluso cuando se mueve una hoja o una sombra». El autor reconoce también que la timidez puede ser debilidad física, corporal, de los nervios. Pero cree que puede ser curada con la ayuda de Dios, con la fuerza del Espíritu Santo.

## EL DON DE CIENCIA

El don de ciencia se puede entender en el mismo sentido que el de sabiduría e inteligencia. Pero podemos acercarnos a este término con una perspectiva particular. Vivimos en un tiempo en el que las llamadas "ciencias" han alcanzado una perfección jamás vista anteriormente. Los "científicos" gozan de una gran estima y la opinión "científica" sobre cualquier cosa se acepta como infalible. Su objeto es sobre todo la naturaleza visible, el cosmos.

Pero hay también otras ciencias además de las "ciencias naturales." Se estudia la literatura, el arte, la historia del pensamiento filosófico, etc. Pero precisamente en estos campos nos damos cuenta de que la ciencia tiene sus límites. En literatura se pueden estudiar científicamente las vidas de los poetas, las ediciones de sus obras. Pero para entender la belleza de una poesía se requiere una capacidad especial, un don personal. Científicamente se puede y se debe hacer todo lo necesario para construir una iglesia, pero esto no nos garantiza que el edificio será una obra de arte.

Estos límites se notan más todavía cuando se estudia científicamente la religión. En los primeros siglos del cristianismo ya hubo quienes estudiaron la Sagrada Escritura con gran pericia. Desgraciadamente fueron precisamente ellos los que cayeron en las herejías. San Basilio explica la razón de estos errores de la siguiente manera. Para entender la agricultura es necesario un agricultor; la música la entiende un músico; un libro escrito lo interpreta de la forma adecuada sólo aquel que está, con la mente, cerca del autor que lo ha escrito. El autor de la Sagrada Escritura es, según creemos, el Espíritu Santo. Por eso es sagrada. Por tanto, sólo puede comprender e interpretar verdaderamente la Escritura divina el que tiene el Espíritu de Dios del que proviene la ciencia espiritual.

Esta constatación es válida, en primer lugar, para los textos sagrados, para la Sagrada Escritura. Pero Dios es también el autor del cosmos, de la naturaleza visible. Él ha creado el mundo con su Palabra. Le ha dado también un significado propio, porque es su obra de arte. ¿Quién lo puede entender? Nuevamente, aquel que participa del espíritu del autor, del Espíritu de Dios.

De Dios proviene todo lo que existe. Todo tiene, por tanto, un significado espiritual que se abre sólo ante aquellos que reciben el don del Espíritu Santo, que son puros de corazón y que por eso ven a Dios (cf. Mt 5,8).

Con esto no se hace disminuir el valor de las ciencias humanas. Se aprecian todos sus resultados. Pero se profesa que las "ciencias humanas" se llevan a término a través de la ciencia espiritual que les da su verdadero significado.



## EL DON DE PIEDAD

Cuando decimos que uno es "pío"; decimos que cumple fielmente con sus deberes religiosos. En la antigüedad este término tenía un sentido más amplio: era, en primer lugar, la virtud que rige las relaciones entre los hombres. En la Biblia se considera pío al que es fiel a sus padres, parientes, amigos, socios. Los profetas exhortan al pueblo a la piedad hacia Dios, porque él es para el pueblo como un padre, un amigo, un socio. Él es, como dice el Apocalipsis (15,4), el solo pío, o sea, el único que permanece fiel en todas las circunstancias de la vida. Esto conlleva la observancia de su ley y ciertos oficios religiosos. Obviamente la verdadera piedad no puede limitarse sólo a actos externos, a ritos, sino que se nutre del amor que los vivifica, como decía el profeta Oseas (6,6).

¿Cómo debe ser nuestra piedad para con los hombres? El cristiano debe amar a todos. Pero, ¿puede permanecer fiel a todos, fiarse de todos? Los autores espirituales hacen una distinción: debemos hacer el bien a todos, amigos y enemigos, pero podemos fiarnos sólo de Dios; y, de entre los hombres, sólo de aquellos que se han ganado nuestra confianza, que los conocemos. Pero, ¿cómo conocer a un hombre? Cada uno es un misterio de la libertad y el amor.

Precisamente porque es un misterio, el hombre no puede ser conocido con 'criterios científicos'. Dostoevskij relata una leyenda sobre un palacio de cristal. Es el hombre científico el que se construye una casa así. Admira sólo lo que está probado, lo que es claro razonable. Lo misterioso es echado fuera como indigno de un científico. Va a vivir a esa casa suya, está orgulloso de ello, se vanagloria de la claridad que lo rodea. Pero pronto comienza a aburrirse porque no encuentra cosas que le alegren la vida: la libertad y amor. Estas dos cosas nunca pueden ser 'claras'.

De esto el teólogo Pavel Florenskij concluye: finalmente es necesario creer que hay dos modos distintos de conocer: el modo de las cosas y el de las personas. Cuando descubrimos las cosas, procedemos según el método que nos ha aconsejado Descartes: primero se descubre lo que es evidente, claro, después se va a lo menos claro, razonando lógicamente. Al final están las puras suposiciones, de las que no nos fiamos mucho. En otras palabras construimos un palacio de cristal. La situación es totalmente distinta cuando nos encontramos con las personas. Éstas jamás son claras, su corazón, sus intenciones nunca son evidentes. No queda entonces más remedio que acercarse de otra manera, dándoles una confianza inicial. Sólo después, cuando vivimos con ellas en una relación de confianza, ellas se revelan, se dan a conocer, dándonos por su parte confianza a nosotros.

El principio de este proceso, por tanto, es tenebroso: se cree y no se comprende. ¿No es arriesgado? ¿No nacen quizás tragedias justo por esta confianza inicial no prudente?

Cuando uno acepta a una persona desconocida, quiere que otros la recomienden como fiel. Pero incluso en estos casos se cometen errores frecuentes. Y, sin embargo, los famosos "padres espirituales" no se equivocaban, tenían "cardiognosis", conocimiento de los corazones; leían, como se atestigua a menudo, las almas de los demás «como un libro abierto». Es ciertamente un don del Espíritu Santo. Es dado de alguna manera a todos los cristianos justos y devotos, y por eso pueden practicar tranquilamente la piedad no sólo con respecto a Dios sino también con los hombres según los conduce el Espíritu.

## EL DON DE TEMOR DE DIOS

El simple recuerdo de términos como temor de Dios, muerte, infierno, asusta al hombre moderno -que los considera como antiguos miedos medievales o el fruto de prédicas barrocas. Se quiere justificar esta aversión con la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el amor que vence al temor a la condenación. Tampoco las razones psicológicas están a favor del temor. Tanto en la educación de los jóvenes como en la sociedad pública, se consigue poco progreso moral con amenazas.

Dicen que la "atmósfera de miedo" caracteriza a las religiones primitivas. Cuanto más evoluciona el concepto de servicio a Dios, menos se habla de castigos. Esto también es correcto. Pero de estas premisas podríamos deducir una conclusión sobre una doble religión: la de los sencillos y la de los que han progresado, como afirmó irónicamente Voltaire «Yo no creo en el diablo, pero estoy contento de que todavía crea en él mi sastre». Ya en los primeros siglos cristianos Marción quería aligerar la conciencia de sus seguidores. Decía que todas las amenazas de Dios y los castigos pertenecen al Antiguo Testamento, que por suerte ya ha sido superado, sustituido por Nuevo.

¿Cuál es la enseñanza cristiana sobre el temor de Dios? Nosotros creemos en lo que dice la Escritura en una frase: El inicio de la sabiduría es el temor de Dios (Sal 110,10). ¡Cuántas veces se repite en el salterio: Bendito el hombre que teme al Señor (Sal 111,1)! Es interesante ver cómo este concepto aparece ligado a otro concepto típicamente bíblico: la gloria del Señor. Dios es glorioso cuando manifiesta su majestad, su fuerza, en sus milagros. Viendo estos grandes signos, los hombres temen a Dios. El término hebreo para decir gloria es kabód que, literalmente, significa peso. Cuando aparece la gloria de

Dios, el pueblo se da cuenta de que es necesario dar una gran importancia a la existencia de Dios, a sus palabras, a lo que exige.

Cuando uno adquiere esta firme convicción, vive en el temor de Dios. En español tenemos dos términos: temor y miedo. El temor de Dios no es debilidad de nervios suscitada por imaginaciones fantásticas. Es, por el contrario, una decisión tranquila: tomar en serio las cosas serias y no dar mucha importancia a lo que no tiene valor. Por eso el temor de Dios nos libera de temores inútiles, nos enseña a no temer a los hombres, los elementos, los animales y ni siquiera al diablo. San Juan Clímaco hace ver qué ridícula es la situación de aquellos que, queriendo robar, escapan porque hay perros, pero no temen a Dios que ve sus malas intenciones.

El mismo autor es severo también con los escrupulosos que temen el futuro porque no creen en la remisión de los pecados, en la misericordia divina para con los que se arrepienten. Justamente la Escritura dice que el temor es sólo el inicio de la sabiduría. Es el primer grado de la vida espiritual que lleva al amor de Dios. En la vida espiritual, como ejemplo de madurez, podemos citar a san Antonio Abad que hacia el final de su vida dijo: «Ya no temo a Dios». Había entendido que tomar a Dios en serio significa amarlo de todo corazón.

## **LA CONSCIENCIA DEL ESPÍRITU**

### **EL SENTIMIENTO DE LA GRACIA**

El Espíritu Santo es invisible. ¿Cómo se puede reconocer entonces si uno es "espiritual" o no, si posee en el corazón la gracia o carece de ella? La cuestión es siempre actual y ya en el siglo IV de nuestra era se convirtió en objeto de discusión. Los llamados mesalianos, procedentes de Siria, tomaron una posición radical: si tienes el Espíritu Santo, debes sentirlo. Si no sientes nada, no tienes la gracia divina. Y si, por el contrario, sientes tentaciones, si estás nervioso por malos pensamientos, entonces es que el pecado habita en tu corazón. Esta posición tenía consecuencias peligrosas: los sacramentos, como por ejemplo el bautismo, no cambian nuestros sentimientos, y por tanto no nos dan el Espíritu Santo.

Esta posición extrema fue condenada como herética. Diadoco de Fotice, autor espiritual griego, escribe contra los mesalianos: «La gracia es depositada secretamente en el fondo del corazón desde el momento del bautismo; no hace sentir su presencia al sentimiento». Más tarde, en tiempos de la Reforma, la Iglesia repetía que no es lo mismo "sentirse justificado" que "ser justificado" ante Dios. Incluso los grandes santos pasaban con frecuencia períodos de desolación espiritual y les parecía, como a santa Teresa de Lisieux hacia el final de su vida, como si el cielo estuviera cerrado.

Sin embargo, estos estados de "insensibilidad" para las cosas espirituales no deben ser el estado normal del cristiano. Son pruebas de fe y como tales son recompensadas por Dios con las consolaciones que vienen después. Diadoco, al que acabamos de citar, establece un cierto orden de acuerdo con el cual se desarrolla normalmente la pedagogía divina:

- 1) en el bautismo recibimos el Espíritu Santo, pero no somos conscientes de ello;
- 2) cuando uno se convierte a la vida espiritual, Dios lo anima con su gracia, de manera que encuentre satisfacción en la vida religiosa;
- 3) más adelante, en cambio, la gracia se esconde, se sienten desolaciones, es el período de las pruebas;
- 4) finalmente, cumplido el período de la purificación, Dios concede de nuevo las consolaciones, la alegría, la seguridad de la plenitud del Espíritu Santo. En este último estadio se puede decir que el hombre, que ha sido herido por el pecado en sus sentimientos, ha recuperado la salud espiritual del alma, la paz del corazón. No debemos esforzarnos por llegar a esta consolación, sino esperar con fe, recibirla cuando Dios nos la dé.

### **LOS SIGNOS DEL ESPÍRITU SANTO**

Aunque invisible, a Dios se le conoce por signos. Se cuenta que un musulmán devoto acompañó a un científico ateo al desierto. Antes de acostarse rezó sus oraciones. El científico le dijo con ironía: «¿Has visto a Alá? ¿Le has oído hablar? ¿Cómo sabes entonces que existe?». Cuando por la mañana salieron de la tienda, el científico dijo: «Durante la noche ha estado aquí un camello». El árabe le respondió: «¿Has visto el camello? ¿Has oído su voz?» El europeo se enfadó: «¿No ves que hay huellas, señales en la arena?» El beduino señaló el sol que se levantaba sobre el horizonte: «¡He ahí las huellas, los signos de Alá!».

Si Dios se revela en la naturaleza, debe haber también señales de su presencia en el alma. Hay varias y se llaman sencillamente "carismas" San Pablo los enumera a menudo y en el famoso "cántico de la caridad"; en la primera carta a los Corintios (13,1ss), recuerda aquellos que llaman la atención por su carácter extraordinario: la glosolalia, o sea el don de hablar las lenguas, la profecía, el sanar enfermos, etc. Pero la conclusión es: Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad nada soy (vv. 1-2). Los dones extraordinarios no pueden tenerlos todos, pero todo cristiano es llamado a realizar la perfección en la caridad. Ésta es, por tanto, la señal más segura de la presencia del Espíritu Santo en su corazón.

La enseñanza sobre este punto es clara en toda la tradición cristiana. Y, sin embargo, quedan algunas dudas. Parece que la pregunta se pospone: el Espíritu Santo se manifiesta en la caridad, pero ¿qué señales nos hacen reconocer a una persona como dotada de verdadera caridad?

"Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15,13). Basándose en estas palabras, el martirio de Cristo fue considerado desde el principio como señal infalible de santidad. La lista de los santos venerados en la Iglesia comienza con los mártires. El hecho de que hayan soportado los tormentos en la "debilidad de la carne" y hayan ofrecido sus vidas es un argumento convincente sobre la presencia del Espíritu que les da la fuerza. ¡Entre ellos los ha habido jovencísimos!

No se concede a todos confirmar con la sangre la unión propia con Dios. Por eso ya san Ireneo (que murió mártir) señaló que los fieles pueden testimoniar la caridad y la presencia del Espíritu de manera sencilla: 'A través de la fe y de una vida inmaculada'. Esto se corresponde con la tesis difundida por los teólogos hasta hoy: sin la gracia de Dios nadie puede observar plenamente sus mandamientos.

Por tanto, si uno vive en la fe y observa la ley de Dios, testimonia que Dios permanece con él. "Quien acoge mis mandamientos y los sigue, ése me ama". La señal del hombre espiritual es, por tanto, la fe pura y la vida moral, las virtudes, la auténtica vida cristiana.

## LOS SIGNOS EXTRAORDINARIOS

¿Cómo debemos juzgar los signos extraordinarios de la gracia? En las biografías de los santos se cuentan muchos milagros. Es interesante comprobar que ellos mismos los escondían y no querían que se consideraran como pruebas de su santidad. El cumplimiento milagroso de una oración es señal de una gran fe en la oración y confianza en Dios. Indirectamente es verdad: una fe así es signo del valor personal de quien sabe rezar con esta disposición.

En cuanto a las visiones, éxtasis y fenómenos similares, la Iglesia normalmente es reticente durante largo tiempo antes de pronunciar un juicio sobre ellas. Se descubre un gran peligro de ilusiones y enfermedades. Por otra parte, san Juan Clímaco duda de la utilidad de ciertas visiones. Alguien le dijo: «Benditos los ojos que han visto un ángel». La respuesta fue inmediata: «Mucho más bendito es el que ha visto su propio pecado». Con esto, evidentemente, no se niega que haya visiones verdaderas. Éstas van ligadas normalmente a alguna misión. Pero no se puede concluir que las personas que las hayan tenido sean más santas que las otras.

Los Padres de la Iglesia escribían contra los gnósticos y contra los montanistas. Los gnósticos consideraban como perfecto a quien tenía un conocimiento de las cosas espirituales superior al de los demás. Los montanistas buscaban a los que tenían el don de la profecía y sabían revelar los misterios escondidos. Este tipo de criterios para evaluar la vida espiritual llevan fácilmente a exaltaciones y a aberraciones. Pese a todo, sigue siendo cierto que el Espíritu Santo concede a los cristianos conocimientos especiales, penetrantes. Comienzan a tener un sentido agudo de lo que está bien y lo que está mal y poseen esta clarividencia moral incluso en el juicio sobre los demás; perciben si son buenos o si van por el mal camino. Los santos "leen en el corazón". Pero también los simples fieles manifiestan su progreso en la vida espiritual cuando su conciencia madura en la justicia, en la finura y en la sensibilidad para el bien, en la disponibilidad para todo bien.

No podemos ver a Dios, escribe san Gregorio Magno. Pero observamos sus obras. Lo mismo se puede decir de la presencia del Espíritu en el corazón humano. «Cuando vemos obras admirables, estamos seguros de que Dios habita en quienes las realizan».

## LA EXPERIENCIA DE SIMEÓN EL NUEVO TEÓLOGO

Se trata de un santo bizantino (+1022). El sobrenombre de "Nuevo Teólogo" (o sea de "nuevo san Juan Evangelista-Teólogo") se le dio a causa de sus experiencias místicas. Pertenece a la tendencia que desea vivir la gracia del Espíritu conscientemente, aunque en el misterio. En los escritos de Simeón se encuentra el siguiente ejemplo. Una mujer embarazada no conoce aún el rostro de su hijo, pero está ya segura de que su vida está dentro de ella. Así, también el cristiano verá la gloria de su rostro espiritual en el siglo futuro, pero ahora ya sabe que el Espíritu habita dentro de él.

Evidentemente esta conciencia es fruto de un proceso espiritual, a veces largo, a veces corto. En la vida de Simeón se pueden ver las etapas siguientes. Su primera conversión tuvo lugar después de llegar a Constantinopla, cuando se dio cuenta de que querían abusar de su inocencia. Decidió dedicarse a la vida espiritual y tuvo una visión de luz: vio su habitación toda iluminada. Con términos más prosaicos se diría: comenzó a ver su ambiente de forma distinta, con otra luz.

Dado que esta primera conversión no fue duradera, tuvo lugar a continuación la segunda conversión. Simeón se hizo monje. Y le fue concedida una nueva visión. Fue de nuevo una luz. Pero esta vez entendió que no se trataba de una luz exterior, sino interior, en el corazón. El gran cambio no debe buscarse fuera de nosotros, sino dentro, en el corazón, donde se toman actitudes distintas de las que se tenían antes, y entonces nacen nuevos sentimientos.

Sin embargo, fue tentado por las dudas: ¿me debo fiar de estos nuevos sentimientos, debo dejarme guiar por estas luces? Un día le llegó la seguridad: es Jesús, el Maestro, que me habla en el corazón. Debo, por tanto, obedecerle, ponerme en la escuela de su Espíritu.

Esta obediencia al Espíritu le lleva a la cuarta y última etapa de su evolución espiritual. Simeón la expresa con pocas palabras: «Pobre, pero amante de mis hermanos» (ptochos philadelphos). Tiene un fuerte sentimiento de su miseria moral, de ser un pobre pecador. Pero, extrañamente, al mismo tiempo siente un fuerte deseo de amar a todos como hermanos, incluso a sus numerosos enemigos que lo perseguían, de ser "amante de los hermanos". Dicho sentimiento de caridad no puede provenir de un pobre. Es por tanto el amor divino el que, por medio del Espíritu, se ha adueñado de su corazón. Y entonces puede ser cierto que Dios se ha unido a él. No hay mejor seguridad de salvación que ésta: el corazón lleno de caridad divina, que es don del Espíritu Santo.

## APÉNDICE: LA CREATIVIDAD ARTÍSTICA Y EL ESPÍRITU

### TODO HOMBRE ES CREADOR ESPIRITUAL

Los Padres de la Iglesia se planteaban la siguiente pregunta: ¿en qué consiste la grandeza del hombre? Los antiguos griegos la encontraban en su capacidad de conocer. El empirismo moderno reduce el acto cognitivo a la recogida sistemática de aquello que efectivamente existe, especialmente de lo que vemos ante nuestros ojos. El pensador ruso S. L. Frank (1877-1950) reacciona contra esta concepción mecánica que reduce al hombre a una cámara fotográfica. El hombre no es un recogedor de datos, es esencialmente un creador. Imagen de Dios Creador, es llamado a transformar el cosmos. Cada uno, en su lugar, intenta producir algo nuevo, de enriquecer la realidad con su obra. Lo observamos en los artesanos y lo desean conscientemente, sobre todo, los artistas. Debemos por tanto preguntarnos cómo nace una obra de arte.

A menudo oímos esta frase: «El artista, en su obra, se muestra a sí mismo». Pero esta afirmación es discutida por los mismos artistas. Ellos, cuando crean, quieren expresar "algo" que viene como una inspiración. Los antiguos griegos hablaban de las Musas y veían en la inspiración una voz divina misteriosa. El artista se siente obligado a aceptarla, se identifica libremente con esa voz, quiere colaborar con ella. Le habla invisiblemente y él quiere darle una forma visible en la pintura, en la escultura, en la poesía, en la música... No es fácil. Sufre, le sobreviene la duda de si no sería mejor abandonar el proyecto... Pero no puede. Está como poseído por esta voz, obligado a obedecer.

Entonces se presenta un problema moral muy grave: ¿estar "poseído" por una idea, obligado a hacer algo que ha aparecido de repente, no constituye acaso una degradación del hombre, la pérdida de su libertad y de su dignidad? Lo que viene "de fuera" y obliga, esclaviza al hombre indudablemente. ¿Sería entonces la creación artística fundamentalmente inmoral?

Esta objeción se resuelve sólo con la respuesta a otra cuestión: ¿cuál es el origen de la inspiración, quién habla en su voz? Hay sólo un caso privilegiado: si la inspiración viene del Espíritu Santo, entonces no viene "de fuera", porque el Espíritu Santo es el "alma de nuestra alma", pertenece a nuestro yo espiritual; y, además, el Espíritu de Dios es Espíritu de libertad, no hace al hombre esclavo sino libre.

De esto se deriva una conclusión inevitable: el único arte verdadero es religioso. Dostoevskij ha escrito: «Aquí el diablo lucha con Dios, y el campo de batalla es el corazón de los hombres». No se puede admitir la creatividad artística "más allá del bien y del mal". Lo que Dios crea lo santifica. Así debe ser también el arte humano. La creatividad no santificada degenera en un titanismo destructor, la inspiración divina cede el puesto a la posesión demoníaca.

El origen divino de la verdadera inspiración aparece en el hecho de que los artistas desean expresar una cosa inexpresablemente bella, la belleza infinita. Así es sólo Dios. Y Dios mismo se expresa de este modo en la creación y sobre todo en la encarnación del Verbo. El nacimiento del Hijo de Dios es la culminación de cualquier obra de arte. El Espíritu Santo vino a María y ella le dio a esta "inspiración" por excelencia una forma humana, ofreciéndose por entero a este servicio.

El relato bíblico de la creación muestra al Espíritu de Dios sobre el abismo del que debe surgir el mundo (Gn 1,2). El Espíritu Santo descendió sobre la Virgen. María da a luz "al niño santo," dona la carne al Verbo de Dios, Palabra divina en su revelación plena. Por eso la persona de Jesús representa el colmo de la belleza, como él mismo afirma: Quien me ha visto a mí ha visto al Padre (Jn 14,9); en él vemos visiblemente la infinita belleza invisible.

Todo cristiano, según su vocación, como respuesta a la llamada del Espíritu, debe participar en la "grandiosa obra de arte" de la creación y en la santificación del mundo.

## LA REPRESENTACIÓN DEL HOMBRE ESPIRITUAL EN LA ICONOGRAFÍA

El objeto principal de la iconografía sacra son las personas de los santos en sus cuerpos gloriosos. Deben ser representados en su perfección de imagen de Dios. Esto une dos aspectos: el invisible y el visible, el alma y el espíritu en el cuerpo que revela esta realidad del "hombre interior." Para determinar mejor este esfuerzo artístico y espiritual de los iconógrafos, Pavel Florenskij utiliza una noción triple: distingue el "rostro" del hombre del "retrato" y finalmente del "icono". El "rostro" sería como una fotografía, la reproducción del aspecto externo. Del artista que pinta un "retrato" se exige más. Debe reflejar también el carácter de la persona, la propiedad de su alma, su personalidad. Pero el iconógrafo sacro es consciente de que el "carácter" no es toda la personalidad entera. Ésta incluye también al Espíritu Santo. Sólo así el hombre es imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26-27).

Es interesante notar la comparación con el teatro antiguo. También aquí, sobre la escena, el hombre, es decir el actor, debía aparecer como una divinidad. El problema se resolvía poniendo una máscara sobre el rostro natural. La iconografía cristiana no conoce las "máscaras". Los santos deben presentar sus rostros naturales, sus cuerpos. Y este cuerpo, puesto que es ideal, debe ser bello. ¿Pero cuál es esta belleza? No es suficiente admirar las formas bellas, no es suficiente tampoco mostrar cómo el cuerpo, y especialmente el rostro, revelan el carácter y las mociones del alma. Aún más erróneo sería pintar cuerpos quiméricos, irreales, fantásticos. El cuerpo debe resplandecer del Espíritu.

Para alcanzar este objetivo, la iconografía ha adoptado algunos medios, un cierto simbolismo. Los cuerpos están en posiciones relajadas, sin señal de molestia alguna, aunque a veces están en movimiento. Este movimiento es rítmico y bastante lento. Si están inmóviles, son como una "epiclesis"; espera de la venida de la gracia. La luz les penetra por entero, parece salirles de dentro, o son simplemente transparentes.

Estos aspectos se ven mejor sobre cuerpos desnudos. Pero en los iconos el desnudo glorioso está reservado a Cristo crucificado o a los mártires. Los santos están normalmente vestidos. A través del vestido el hombre es situado en su ambiente concreto en el lugar y en el tiempo, en su posición social, en su función y en el trabajo. Pero también estos vestidos deben participar en la espiritualización del cuerpo. Los vestidos de los profetas son volantes para mostrar la fuerte presencia de la inspiración divina. Cuando están inmóviles, se representa la presencia del Espíritu por medio de la iluminación.

Florenskij señala que la pintura de los iconos ve en la luz no sólo algo externo a los objetos, sino la identidad esencial e íntima de su sustancia. Para la pintura de los iconos, la luz sostiene y crea las cosas, es su causa objetiva. Por eso no puede ser considerada como exterior; es el principio creador trascendente de las cosas, que se manifiesta en ellas pero no se limita a ellas. Entonces todo lo que se manifiesta allí, todo el cuerpo es luz: todo lo que se ha manifestado es luz (Ef 5,13). También el cuerpo y el hombre entero es gracia de Dios.